

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Historia

El campo de batalla, ¿Un lugar excepcional? Las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212)

Tesis que para obtener el título de Licenciado en Historia presenta:

Alberto Trejo Martín

Asesor:

Dr. Martín Federico Ríos Saloma

México, D.F.

Agosto de 2014



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



## **Agradecimientos.**

**El trabajo que a continuación presento, es la conclusión de aproximadamente dos años de leer, escribir, borrar, releer, reescribir, pensar, reflexionar, preguntar y responder y si bien es en última instancia una labor individual, no deja de ser cierto que sin la ayuda o presencia de varias personas durante la realización, esta tesis no existiría o estaría lejos de estar terminada.**

**Para empezar quiero agradecer a mis padres. Sin su apoyo y cariño no existiría ese lugar que llamo casa y en el cual he podido, entre otras cosas, llevar a cabo este trabajo. También agradecer a mis hermanos, quienes son igualmente fundamentales para la existencia de ese lugar que tanto significa para mí.**

**También agradecer a mi asesor Martín Ríos, quien ha servido de maestro y guía a lo largo de toda la carrera y a los miembros del Seminario de Estudios Históricos sobre la Edad Media, quienes crearon un lugar en el que siempre he encontrado algún comentario o recomendación útil. Al final esta tesis es un logro también del Seminario.**

**No podría dejar de mencionar a los intensos y varios compañeros más que he conocido en la Facultad, quienes hicieron que un edificio lleno de sillas y salones, se convirtiera en un lugar lleno de memorias y vivencias. Ha sido un placer compartir la carrera con ustedes.**

**Tampoco podría olvidar a los miembros de la pesca y del Indio Verde, quienes si bien no jugaron un papel central en la elaboración de la tesis, su constante compañía durante la realización de la misma, me permitió tener momentos de descanso, fundamentales para que maduraran varias ideas que aquí he plasmado.**

**Por último agradecer el apoyo monetario recibido por la DGAPA dentro del proyecto**

*Isn't it strange how this castle changes as soon as one imagines that Hamlet lived here? As scientists we believe that a castle consists only of stones, and admire the way the architect put them together. [...] None of this should be changed by the fact that Hamlet lived here, and yet it is changed completely. Suddenly the walls and the ramparts speak a quite different language. [...] And once we know that, Kronberg becomes quite a different castle for us.*

*Niels Bohr a Werner Heisenberg durante una visita al castillo de Kronberg, en Dinamarca<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Werner Heisenberg, *Physics and Beyond: Encounters and Conversations*, Nueva York, Harper Torchbook, 1972, p. 51, *apud*, Yi-fu Tuan, *Space and Place. The perspective of Experience*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1977, p. 4

## Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>6</b>
<b>Capítulo I ¿Cómo entender una batalla medieval?.....</b>	<b>13</b>
I.1 La guerra medieval y el papel que desempeñaron las batallas dentro de ella.	13
I.2 El combate campal en el imaginario europeo del siglo XIII. ....	24
<b>Capítulo II La batalla de las Navas de Tolosa .....</b>	<b>28</b>
II.1 La península ibérica al filo de 1200. ....	28
II.2 La campaña de 1212.....	32
II.2.1 La convocatoria .....	33
II.2.2 La bula de cruzada. Importancia de la Cruzada .....	34
II.2.3 El ejército cruzado se prepara. Composición.....	36
II.2.4 La campaña comienza, qué puntos conquistaron. ....	38
II.2.5 El ejército almohade se pone en camino. Composición .....	40
II.2.6 El fracaso de la estrategia almohade, los cristianos logran forzar la batalla. .....	41
II.3 La batalla .....	43
II.3.1Preparativos para el juicio divino. Movimientos anteriores a la batalla y posiciones de batalla .....	43
II.3.2 El desarrollo de la batalla.....	45
II.4 El fin de la campaña y la memoria de la batalla.....	47
<b>Capítulo III. La creación de un lugar. Una historia del campo de batalla de las Navas de Tolosa .....</b>	<b>50</b>
III.1 Cómo es el campo de batalla.....	50
III.1.1 ¿Por qué sucedió la batalla en ese lugar? .....	54
III.1.2 El terreno y su influencia en el desarrollo de la batalla. ....	56
III. 2 El terreno tras la batalla. Apropiamiento y Conmemoraciones. ....	59
III.3 Las representaciones sobre el campo de batalla de las Navas de Tolosa .....	64
III.3.1 El campo de batalla como un lugar aparte. ....	64
III.3.2 El campo de batalla como un lugar sacro. ....	69
III.3.3 El campo de batalla como un lugar donde morir y ganar honor .....	72
III.3.4 Las Navas de Tolosa como un lugar importante porque ahí se atestigua y experimenta lo impresionante. ....	76
<b>Conclusiones. ....</b>	<b>82</b>
<b>Fuentes y Bibliografía.....</b>	<b>86</b>
Fuentes .....	86
Bibliografía.....	87

## Introducción

Si uno viajara por las cercanías del pueblo belga de Waterloo, podría hallarse con una colina de aproximadamente 43 metros de altura. Esta colina, mandada a construir en 1820 por el entonces rey de los Países Bajos, Guillermo I, tiene una escalinata compuesta por 226 escalones. La cima se halla dominada por un pedestal de piedra sobre el que se encuentra la estatua de un león. El monumento fue construido en el lugar donde, se supone, fue herido Guillermo II de los Países Bajos durante la batalla de Waterloo. Actualmente el sitio es una atracción turística que incluye un museo, recorridos y recreaciones históricas. El recorrido completo cuesta 9 euros, mientras que la sola subida de la colina cuesta 7 euros. En la página electrónica del sitio se lee: “usted puede ver todo el campo de batalla desde la cima del montículo, lo que da una buena idea de los cuadros en formación de infantería y dónde fue colocada la caballería”.<sup>2</sup>

Algo similar, aunque en una escala menor, existe en México; para ser más preciso en la carretera que va de Zacatecas a Saltillo, en el poblado de la Angostura. Ahí se levanta un pequeño monumento de entre dos y tres metros, el cual es coronado por una bandera de México y que contiene una inscripción alusiva a lo ahí sucedido en el año de 1847, a saber, cuando las tropas bajo el mando del General Antonio López de Santa Anna se enfrentaron al ejército estadounidense comandado por Zachary Taylor. En febrero del año pasado se celebró una ceremonia en ese sitio. La ceremonia incluyó discursos, guardias de honor y la plantación de un “árbol de la paz” que según un periódico *El Zócalo de Saltillo* se colocó “en recuerdo a la lucha entre las tropas mexicanas y estadounidenses, una lucha que recuerda la defensa de la soberanía nacional, en un lugar que permanece ‘virgen’”.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> *Discovering the Site: The Lions Mould* [en línea], página Web del Campo de Batalla de Waterloo propiedad de *Cultureespaces*. Recuperado el 19 de septiembre de 2013 en: <http://www.waterloo1815.be/en/discovering-site/lion-mound-hamlet>.

<sup>3</sup> Ampudia, I. (2012, 19 de febrero). “Celebran el 165 Aniversario de Batalla de la Angostura” [en línea] *Zócalo Saltillo*, 19 de febrero 2012. Recuperado el 19, Septiembre, 2013 en: <http://www.zocalo.com.mx/seccion/articulo/celebran-el-165-aniversario-de-batalla-de-la-angostura>.

Ambos casos no son aislados, de hecho forman parte de un fenómeno muy común en, al menos, los países occidentales: señalar y preservar el terreno dónde sucedió una batalla. Frente a esto, me surgió la curiosidad de conocer las razones que existen para que una sociedad conserve y recuerde el lugar de una batalla. Será que, acaso, el terreno donde sucede un combate campal se convierte en un sitio que se aparta de lo ordinario de la norma y, por tanto, en un lugar excepcional y de memoria<sup>4</sup>

Con todo esto en mente, comencé a plantear una investigación que tiene por objetivo encontrar el significado que tienen dichos lugares para las sociedades que los viven. No obstante, al ser una primera aproximación a este fenómeno, mi trabajo actual no aspira a ser un estudio exhaustivo y definitivo de lo que ha significado y ha sido el campo de batalla a lo largo de la historia de Occidente, en su lugar propone la posibilidad de aproximarse a todo esto por medio de un ejemplo acotado tanto en el tiempo como en el espacio. El caso que elegí fue el campo de batalla de las Navas de Tolosa, la cual aconteció el 16 de julio de 1212, y la forma en que la sociedad peninsular del siglo XIII se relacionó con él, es decir, conocer cómo ese cuerpo social lo utilizó, cómo lo recordó y en qué momento y porqué se volvió un lugar definido y digno de ser rememorado.

Acerca del terreno donde tiene lugar un combate campal en la Edad Media se ha escrito, a mi parecer, principalmente desde tres miradas diferentes: una primera perspectiva se acerca al campo desde la mirada técnica-táctica, que busca ver cómo el lugar de un enfrentamiento influyó en el desarrollo del mismo. Este tipo de análisis suelen encontrarse en trabajos de carácter monográfico en los cuales el centro de atención es el evento bélico y, por tanto, el espacio sólo importa en tanto que explica la forma en que se dieron las hostilidades, como ejemplos remito a los trabajos

---

<sup>4</sup> Definido como “un objeto, un lugar o un ideal que transformado por el ser humano o por el tiempo se vuelve un ‘elemento simbólico de la memoria heredada por una comunidad’ ” en Nora, Pierre (ed.), *Rethinking France. Les Lieux de Mémoire*, trad. por Mary Trouille, Chicago, University of Chicago Press, 2001, vol. I, p.xxx

realizados por Francisco García Fitz<sup>5</sup>, Carlos Vara<sup>6</sup> o Ambrosio Huici Miranda<sup>7</sup> sobre las Navas de Tolosa. Una segunda perspectiva se centra en la forma en la que se conmemora el lugar de un combate campal. Al respecto existen obras muy interesantes para el periodo medieval como los realizados por los investigadores Ian Atherton y Philip Morgan<sup>8</sup> y por la doctora Elizabeth Hallam.<sup>9</sup> La tercera perspectiva es la utilizada por Georges Duby<sup>10</sup>, quien en su trabajo sobre Bouvines, dedica una parte al simbolismo que tiene el campo de batalla dentro de la sociedad medieval. Estas tres formas de aproximarse al espacio de un combate campal fueron abarcadas por el historiador español Martín Alvira Cabrer en su libro más reciente *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*<sup>11</sup>, en el que se habla tanto el valor simbólico del campo de batalla, como su influencia durante el combate y la suerte que tuvo dicho lugar después del enfrentamiento y hasta nuestros días. Es por esto que el mencionado texto ha sido fundamental para elaborar la presente investigación. Sin embargo, considero que la información que ahí se aporta no termina por responder las preguntas que en un principio me había planteado. El libro no logra contestar completamente qué tipo de representaciones estableció la sociedad peninsular respecto a ese espacio en particular, qué significados le otorgó y qué tipo de imagen se fue construyendo de él.

Durante mi búsqueda por respuestas me encontré con los postulados de Yi-Fu Tuan, un geógrafo sino-estadounidense que en 1976 publicó el libro *Space and Place*<sup>12</sup> con la finalidad de presentar una nueva perspectiva respecto a la relación que establecen los hombres con el espacio en el que viven. El autor señala que, a pesar de

---

<sup>5</sup> Francisco García Fitz, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005, 588p.

<sup>6</sup> Carlos Vara Thorbeck, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Edhasa, 2012, 444p.

<sup>7</sup> Ambrosio Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, edición facsimilar con estudio preliminar por Emilio Molina Lopez y Vicente Carlos Navarro Oltra, Granada, Universidad de Granada, 2000, 405p.

<sup>8</sup> Atherton, I. and Morgan, P., "The battlefield war memorial: Commemoration and the battlefield site from the Middle Ages to the modern era", *Journal of War and Culture Studies*, 4-3, 2011, p. 289-304.

<sup>9</sup> Hallam, E., "Monasteries as 'war memorials': Battle Abbey and La Victoire", *Studies in Church History*, 20, 1983, p. 47-57.

<sup>10</sup> Georges Duby, *El domingo de Bouvines: 24 de julio de 1214*, traducido al español por Arturo Firpo, Madrid, Alianza, 1988, 186p.

<sup>11</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa*, España, Silex Ediciones, 2012, 560p.

<sup>12</sup> Yi-fu Tuan, *op cit*, 235p.

que en el lenguaje común los términos “espacio” y “lugar” se utilicen como sinónimo, en realidad son términos que refieren a cosas que tienen como diferencia central la experiencia.

‘Espacio’ es más abstracto que ‘lugar’. Lo que comienza como espacio indiferenciado se convierte en lugar conforme los vamos conociendo y lo llenamos con valor [...] Los conceptos “espacio” y “lugar” requieren del otro para poder ser definidos. De la seguridad y estabilidad del lugar nosotros nos hacemos conscientes de la amplitud, libertad y la amenaza del espacio y viceversa. Inclusive, si pensamos en el espacio como eso que permite movimiento, entonces el lugar es pausa; cada pausa dentro de un movimiento hace posible que una localidad sea transformada en lugar.<sup>13</sup>

El espacio es un concepto abstracto que nos refiere a lo ilimitado, a lo abierto, del cual no tenemos conocimiento ni experiencia. El lugar, en cambio, se refiere a un concepto concreto, delimitado, cerrado, conocido y experimentado.

A partir de esta diferenciación es que Yi-fu Tuan analiza las formas en que el hombre experimenta y conoce el espacio en el que vive en un proceso que va transformándolo en diferentes lugares imbuidos de valor para el individuo<sup>14</sup>. En este proceso de creación de lugares, el contexto cultural y social juega un papel fundamental, puesto que muchas veces influyen en la elección de los objetos que para el individuo sobresalen del espacio y que se van convirtiendo en lugares. “Algunos objetos que son admirados por una gente, pueden ser fácilmente ignorados por otra. La cultura afecta la percepción.”<sup>15</sup>

Esta creación de lugares, ya sea inconsciente o consciente es también sostenida por el filósofo francés Henri Lefebvre en su libro *La production de l'espace*<sup>16</sup>. En él crítica la corriente de pensamiento que entiende al espacio como un contenedor

---

<sup>13</sup> *Ibid*, p.6

<sup>14</sup> Yi-fu Tuan utiliza el ejemplo de un individuo que recién se muda a un nuevo vecindario. Al principio el vecindario le pareciera un todo indefinido, sin embargo, a medida que vive y experimenta el nuevo vecindario, comienzan a crearse puntos de referencia para el individuo, puntos de referencia que no sólo indican una posición, sino también se van llenando de significado conforme al individuo le van sucediendo cosas en ese espacio. Tras varios años de residencia el espacio indefinido que era el nuevo vecindario se vuelve un lugar compuesto de muchas referencias.

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 162

<sup>16</sup> Henri Lefebvre, *The Production of Space*, trad. Donald Nicholson Smith, Oxford, Blackwell publishing, 1991, 454p.

vacío, el cual ocupan los objetos de manera accidental. “El espacio no es, ni un simple marco a la manera de una pintura, ni una especie de contenedor de tipo neutro, creado para que simplemente reciba lo que es vertido dentro de él.”<sup>17</sup> En lugar de eso, el filósofo francés señala que el espacio es también un producto de las prácticas sociales, y en última instancia, de las relaciones de producción. Las cuales, se imprimen en él, dándole ciertas características particulares. De manera recíproca, las prácticas sociales se perpetúan dentro de su propio producto.

Debido a este proceso de creación, el espacio puede ser estudiado;

una vez descifrado, un paisaje o un monumento nos refieren de vuelta a una capacidad creativa y a un proceso de significación. Esta capacidad puede ser fechada dado que es un hecho histórico, aunque no en el sentido en el que se puede fechar un evento [...] mas bien, la capacidad creativa en cuestión es invariablemente de una comunidad o una colectividad, de un grupo, de una fracción de una clase en acción o de un agente (entendido como el que actúa).<sup>18</sup>

A final de cuentas, lo que ambos autores señalan es que el espacio no está completamente dado, sino que en realidad el individuo y las sociedades lo van creando por medio de un proceso que implica la creación de significados, imágenes y representaciones. Este proceso, a su vez, va influyendo la forma en que las mismas personas actúan y viven el espacio. Todo esto sería susceptible de ser analizado e historiado, con lo cual podríamos entender mejor a las sociedades tanto pasadas como actuales y, en este caso, a los cristianos de la Península Ibérica del siglo XIII.

Con el objetivo de apreciar la producción de un espacio en los reinos cristianos de la Península Ibérica durante la Plena Edad Media, me fue necesario conseguir objetos creados en ese tiempo y que se refirieran al sitio que en un principio quería examinar, es decir, el campo de batalla de Las Navas de Tolosa. La carencia de ilustraciones o de esculturas de ese periodo me obligaron a basar mi investigación en las fuentes escritas que a lo largo de dicha centuria dicen algo sobre el lugar, en otras

---

<sup>17</sup> *Ibid*, p. 93

<sup>18</sup> *Ibid*, p.115

palabras, buscar fuentes que hablaran del combate campal acontecido el 16 de julio de 1212 a las faldas de la Sierra Morena entre cristianos y musulmanes.

En total me fue posible localizar y acceder a diez textos. Cuatro de ellos son epístolas<sup>19</sup> y los seis restantes son crónicas.<sup>20</sup> Algunas de ellas fueron redactadas por gente que estuvo presente en la batalla, y por tanto, presentan un retrato cercano a lo que se pudo haber vivido en el enfrentamiento campal. Las otras, fueron escritas por personas que no fueron partícipes de la batalla y que obtienen su información de textos anteriores a los suyos o de lo que testigos les contaron. Muchas veces, estos relatos amplían la información de las primeras fuentes y sirven para observar si la historia se fue modificando, lo que los hace de mucho interés para mi investigación.

Una vez que las fuentes fueron obtenidas, fue evidente que para realizar una buena lectura de ellas, era necesario, en primer lugar, comprender lo que había pasado, en pocas palabras, tenía que investigar sobre la batalla y la concepción que de ella se formaron los hombres peninsulares de ese siglo, siempre teniendo presente que la forma en que ellos se representaron la realidad es diferente a la nuestra. Sólo siguiendo este plan se podría acudir a las fuentes sin correr el peligro de, como dice Georges Duby, “confundir, por ejemplo, al coracero de Reichshoffen con el caballero de Bouvines”.<sup>21</sup> Por todo esto, los dos primeros capítulos de la investigación fueron dedicados a entender lo que significaba una batalla en la Edad Media y lo que la batalla de Las Navas de Tolosa fue y significó para los peninsulares del siglo XIII.

Después de que los textos se reinsertaron en su contexto cultural, fue posible la lectura de los mismos con el objetivo de encontrar las representaciones sobre el terreno de la batalla que se pueden encontrar en ellos. Esto es la parte central del

---

<sup>19</sup> Las epístolas a las que me refiero son: *la Carta del rey Alfonso VII al Papa Inocencio III, la carta de Arnaldo Amarico al Capítulo de la orden cisterciense, la carta de Berenguela de León a su hermana Blanca de Castilla y la carta de Blanca de Castilla a Blanca de Navarra, condesa de Champagne*

<sup>20</sup> Las crónicas aquí mencionadas son: el *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy, la *Historia de rebus Hispanae* escrita por Rodrigo Jiménez de Rada, la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio, la *Crónica de Castilla* de autor desconocido, la *Crónica del Rey Pedro III* escrita por Bernard Desclot y la *Crónica latina de los Reyes de Castilla*, probablemente escrita por Juan de Osma.

<sup>21</sup> Duby, *op cit*, p. 17

capítulo tercero. Al final, podrá hallar el lector la reflexión generada a partir de la investigación, así como una respuesta a la pregunta planteada al principio: ¿De qué manera entendió y significó la sociedad cristiana peninsular del siglo XIII el lugar de la batalla de las Navas de Tolosa?

## Capítulo I ¿Cómo entender una batalla medieval?

Lo acontecido el 16 de julio de 1212 en las cercanías de la actual población de Santa Elena (Jaén, España) quedó marcado profundamente en la memoria de los contemporáneos, quienes vieron en el enfrentamiento un suceso que tendría repercusiones fundamentales en la historia de la Cristiandad y que habría de generar cambios radicales en el desarrollo de su sociedad. La batalla, así tratada en su misma época, fue adquiriendo tintes legendarios conforme el tiempo pasó, llegando hasta nuestros días cómo uno de los momentos fundacionales no sólo de la nación española, sino de la civilización occidental.<sup>22</sup> Sin embargo, actualmente se sabe que las consecuencias que generó la batalla no resultaron tan fundamentales como para hablar de un punto de quiebre en la historia española, y ni siquiera resultan de gran importancia en el desarrollo de la llamada Reconquista española<sup>23</sup>.

Frente a esto es evidente que nos debemos preguntar por las razones que permitieron pensar en la batalla de Las Navas de Tolosa como un suceso de alta importancia histórica. La respuesta la encontraremos haciendo un breve análisis del papel que las batallas jugaron, tanto en el ejercicio de la violencia y de la guerra dentro de la sociedad medieval, como el lugar que ocupó el enfrentamiento campal en el imaginario de la época.

### ***1.1 La guerra medieval y el papel que desempeñaron las batallas dentro de ella.***

---

<sup>22</sup>En el libro *Las Navas de Tolosa 1212, la verdadera cruzada*, escrito por Jose I. Lago en el año de 2005, el autor dice en la página 5 que, “en efecto, si las huestes hubieran sido derrotadas, los integristas bereberes procedentes de África hubieran podido avanzar por la meseta castellana y el valle del Ebro hasta los Pirineos casi sin encontrar resistencia. [...] Contemplando este cuadro es fácil comprender, y nada exagerado razonar, que Europa entera hubiera sucumbido al avance de los norteafricanos”.

<sup>23</sup> “En fin, creemos que, a uno y otro lado de la frontera, los desarrollos históricos que le sucedieron eran perfectamente posibles y probables sin necesidad de que se librara la batalla o si su resultado hubiera sido distinto” Francisco García Fitz, “Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?” en VV.AA, *El trienio que hizo Europa, XXXVII Semana de Estudios Medievales. Estella, 19 a 23 de julio de 2010*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011, p.83

La idea de excepcionalidad que se formaron los hombres de la Plena Edad Media europea responde, en parte, a ciertas características que se pueden encontrar en la forma en que la guerra fue realizada entre los siglos X y XV en el ámbito europeo. Estas características, por otro lado, no son exclusivas o únicas de ese periodo y ese contexto, como se podría observar al hacer una comparación con la forma en la que la guerra era llevada a cabo por otras sociedades humanas.<sup>24</sup>

En el caso que aquí trataremos, el Occidente plenomedieval, las características que explican esta concepción del combate como evento único tienen como base la poca frecuencia de los combates campales durante ese periodo de tiempo. Esto podría parecer extraño, dada la continua presencia de conflictos armados dentro del Occidente medieval. Y es que, la inexistencia de Estados capaces de mantener una fuerza numerosa por un periodo amplio de tiempo que les permitiera ejercer un verdadero monopolio sobre el uso de la fuerza, ocasionó que las instituciones estatales tuvieran que recurrir a particulares para ejercer la violencia. Esto sin embargo, permitió que los particulares, ya fueran de la nobleza o de los concejos de ciudades, gozaran de libertad para ejercerla de manera independiente.

El hecho de que en la Edad Media no hubiera un Estado central que monopolizara el uso de la fuerza desembocó en una amplia gama de conflictos, teniendo en un extremo la guerra entre grandes entidades políticas (Imperio, Papado, reinos o principados) y en el extremo opuesto las diminutas guerras privadas entre pequeños núcleos familiares. En medio existían una amplia gama de conflictos entre diferentes niveles de autoridad y de poder (Conde contra rey, conde contra vasallo rebelde, Rey contra una ciudad, etc.).

---

<sup>24</sup> Por ejemplo, la preeminencia del guerrero individual de extracción aristocrática puede ser observable en el ámbito griego durante la llamada época heroica o en el ámbito japonés durante el periodo también conocido como medieval. Otro ejemplo de una característica considerada medieval observable en otro periodo histórico, fue la reducida cantidad de combates campales a comparación de otras operaciones como asedios, la cual se puede observar, por ejemplo, en el ámbito europeo en el siglo XVIII.

Estas disputas, si bien eran frecuentes no eran ilimitadas. Como demuestra el libro de Dominique Barthelemy, las luchas que tuvieron lugar dentro de la sociedad feudal plenomedieval se caracterizaban, generalmente, por estar tácitamente reglamentadas y no buscar la destrucción o el aniquilamiento del otro, siendo más común el buscar la restauración de un derecho o la merma del patrimonio del oponente:

Si la «guerra feudal» se mantiene en tonos moderados, se debe sin duda a la debilidad de los medios materiales, pero también a su función social. Quienes la practican piensan en la amistad futura durante el tiempo mismo de la enemistad y, como el uso de la fuerza se justifica con la defensa de un determinado derecho, no olvidan la parte de razón que la gente reconoce a su enemigo actual, y ponen cuidado en conservarla.<sup>25</sup>

Sin embargo, la violencia no se limitaba a conflictos dentro de la sociedad cristiana feudal. En lo que podríamos llamar los límites de la Cristiandad occidental, los conflictos militares con sociedades distintas se sucedían con frecuencia, siendo el caso de la Península Ibérica un claro ejemplo, donde los reinos musulmanes y los reinos cristianos se hallaron en constante competencia por la posesión y explotación de la tierra. Era en los límites de la Cristiandad occidental donde los conflictos podían adquirir, por lo general, un cariz más brutal y violento.

Así pues la constante presencia de conflictos en la sociedad plenomedieval podría hacer creer que la historia de la Edad Media estuvo plagada de enfrentamientos campales semejantes a las Navas de Tolosa, en que dos ejércitos se batían en el campo con el fin de lograr exterminar o eliminar las fuerzas del contrario. Sin embargo, un estudio preciso sobre la guerra medieval nos arrojará datos muy interesantes y llamativos. Lo que uno descubre al repasar la forma medieval de combatir es que, a pesar de la repetida presencia de conflictos armados entre el siglo X y el XV, la cantidad de batallas campales fue bastante reducida. ¿Por qué esta aparente contradicción?

---

<sup>25</sup> Dominique Barthelemy, *Caballeros y milagros: violencia y sacralidad en la sociedad feudal*, trad. Fermín Miranda García, Valencia, Universitat de València, 2006, p.276

El que la Edad Media fue un periodo de pocas batallas, es una afirmación ya vieja y conocida; autores como Verbruggen<sup>26</sup> y Charles William Chadwick Oman<sup>27</sup>, entre otros, hicieron esta aseveración tiempo atrás, llamando la atención hacia esta aparente característica de la guerra medieval, la cual se basaba principalmente en los asedios o en las incursiones en territorio enemigo y no en los enfrentamientos a campo abierto. Esta forma de actuar, que se puede hallar desde Escocia o España hasta Siria en el periodo que va del siglo X al XV, respondía a motivos muy bien conocidos por los líderes medievales, quienes veían en una batalla algo poco aconsejable.

El primer aspecto a considerar para comprender la poca propensión de los comandantes medievales a enfrentarse en una batalla es el costo que implicaba armar y mantener una hueste medieval de gran tamaño, en la que el arma principal era la caballería pesada. El equipamiento ideal de un caballero medieval era altamente caro e implicaba, tanto la necesidad de elementos que defendieran al individuo montado y su montura, como armas que le permitieran atacar a su enemigo.

“los hauberks eran cotas de malla largas que llegaban hasta la rodilla, hechas de hasta 1500 anillos entrelazados [...] la malla proporcionaba buena protección y no imponía requisitos excesivos a la limitada tecnología metalúrgica de la época hasta el siglo XIII [...] Los cascos tendían a tener un marco de hierro con forma apuntada [...] La espada era un arma de corte de unos 80 centímetros de largo y, al estar hecha de acero de calidad, resultaba cara”<sup>28</sup>.

A este equipo había que sumar el caballo de guerra. Con un peso aproximado de 600 kilogramos y capaz de llevar a un jinete de una quinta parte de su peso a máxima velocidad por distancias no muy largas, el caballo de guerra era una parte esencial para el caballero, la cual también tenía su costo. “a la altura de 1200, un

---

<sup>26</sup> “Apart from the few cases in which a battle was forced during a siege of an important fortress, battles were fought only when both sides wanted to, and though they had little chance of winning. Most campaigns took place without any battles at all.” J. F. Verbruggen, *the Art of Warfare in Western Europe during the middle Ages. From the Eighth Century to 1340*, trad. Coronel Sumner Willard y R. W. Southern, 2ª ed., Woodbridge, The Boydell Press, 1997, p.329

<sup>27</sup> “Great battle were on the whole, infrequent: a fact which appears strange, when the long-continued wars of the period are taken into consideration.” Charles William Chadwick Oman, *The art of War in the Middle Ages A.d. 378-1515*, Oxford, B. H. Blackwell, 1885, p.53

<sup>28</sup> John France, “El resurgir de la cristiandad latina y las Cruzadas en Oriente 1050-1250” en Matthew Bennett (ed.), *La Guerra en la Edad Media*, Madrid, Akal, 2010, p.87

caballo de guerra bueno tenía un coste de 80 chelines (aproximadamente 5000 libras esterlinas en dinero actual)”<sup>29</sup>.

Según Jean Flori, si al precio del caballo, “se añade el precio de la cota de malla, del yelmo, de la espada, el coste mínimo total del equipo de un caballero se sitúa, hacia 1100, entre 250 y 300 sueldos, es decir el precio de unos 30 bueyes; a mediados del siglo XIII es de 4 a 5 veces más, lo cual teniendo en cuenta la inflación del siglo XII, no representa un aumento considerable”<sup>30</sup>. En pocas palabras, mantener a un caballero, con todo y equipamiento podía equivaler al ingreso de un señorío de unas 150 hectáreas.<sup>31</sup>

Es evidente pues que el mantener a una tropa de caballeros era un asunto bastante caro. Pero los gastos no terminaban ahí, la caballería pesada si bien el arma principal, no era el único cuerpo de caballería de un ejército medieval, el cual también podía incluir escuderos y sargentos montados (en el ámbito castellano encontramos también la figura del caballero villano y de los adalides). Además de estos cuerpos de caballería, el ejército medieval también, requería de un grupo de infantes que les sirviera de apoyo, situación que implicó un costo más elevado para el comandante medieval. Estos gastos se hallaban muy lejos de las posibilidades y los ingresos de las monarquías medievales, lo que hizo imposible la creación y posterior mantenimiento de un ejército profesional permanente y por lo tanto, los comandantes debieron recurrir a ejércitos de tamaño reducido y compuestos por tropas de procedencia muy variada, con la consecuencia de que tuvieran poca cohesión, como fue el caso de los dos ejércitos que se enfrentaron en la mañana del 16 de julio de 1212 y que será analizado más adelante

Un ejército con estas características podía generar temor en el comandante medieval, para quien la batalla era un asunto poco predecible, en el cual, además,

---

<sup>29</sup> *Ibid*, p. 89

<sup>30</sup> Jean Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, trad de Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2001, p.109.

<sup>31</sup> Flori, *op cit*, p.110

jugaban un papel importante factores que le resultaban incontrollables. Ya Vegetio, uno de los tratadistas militares más influyentes en la Edad Media, decía en su *De Re Militari* que: “es mucho mejor derrotar al enemigo por hambre, sorpresa o terror que en batallas campales pues, en última instancia, la fortuna ha tenido a menudo más cuenta que el valor. [...] En la guerra, se depende más a menudo de la casualidad que del valor”<sup>32</sup>. Y ciertamente, las informaciones erróneas, las órdenes mal entendidas, las acciones precipitadas, los estallidos de pánico y las traiciones, por mencionar algunos, eran elementos que resultaban ajenos a la planeación del líder medieval, pero que finalmente terminaban influyendo en el resultado de una batalla, pudiendo significar la victoria o la derrota en el campo,

Para un rey en la Edad Media, la batalla debía ser evitada no sólo por ser un asunto muy impredecible. También la batalla era un asunto que podía llegar a ser muy riesgoso para el monarca y para su reino, puesto que como nos recuerda John Gillingham, en la Edad Media, a diferencia de épocas posteriores, “la cultura del honor que obligaba a los líderes a pelear en la primera línea, también hacía que muchos de ellos fueran precavidos respecto a buscar la batalla”<sup>33</sup>. El temor a ser herido, capturado o muerto en la contienda debía hallarse presente en la mente de los líderes militares. Este temor se veía potenciado por la importancia que tenía el rey dentro de la estructura feudal “toda la ordenación política de un Estado feudal, basada en buena medida en la existencia de una amplia red de relaciones personales, se diluía al desaparecer el núcleo central en torno al que estaba organizada, y ello podía ocurrir dramáticamente, de golpe, como resultado de un desastre en campo abierto”<sup>34</sup>.

El rey, o en su defecto los grandes señores feudales, al ser el centro de la estructura de poder, eran muchas veces elegidos como blancos por las tropas

---

<sup>32</sup> Flavio Vegetio Renato, *Recopilación sobre las instituciones militares*, trad. Antonio Diego Duarte Sánchez, Jorge Mambrilla Royo, Alfonso Rodríguez Belmonte, España, p.65

<sup>33</sup> John Gillingham, “In defense of Vegetian Warfare”, en Clifford Rogers (ed.) *Journal of Medieval Military History II*, Woodbridge, The Boydell Press, 2004, p.154

<sup>34</sup> Francisco García Fitz, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005, 70p.

enemigas, quienes sabían que la captura o muerte del líder contrario podía representar no sólo un golpe importante para al ejército contrincante, sino también un jugoso botín. Hastings en 1066, Guadalete en el 711 o la batalla de los cuernos de Hattin en 1171 son casos que sustentaban esta creencia, ya que las tres implicaron la caída de un reino, a saber el anglosajón, el visigodo y el franco de Jerusalén. Era pues aparente que perder, o ganar una batalla, podía generar consecuencias políticas y sociales muy importantes.

Dicho lo anterior, es de vital importancia hacer una acotación fundamental, no todas las batallas tenían consecuencias tan determinantes, de hecho, batallas como las mencionadas son importantes en tanto que fueron excepciones. En general una victoria o una derrota en batalla no generaban resultados tan decisivos. Esto debido a otro aspecto de la Edad Media que resulta de vital importancia para entender como funcionó la guerra medieval y el papel que jugó la batalla en ella, ese aspecto fueron las fortificaciones medievales.

En el siglo IX la desarticulación del Estado carolingio, se vio acelerada por las constantes incursiones llevadas a cabo por los vikingos, magiares y sarracenos. Ambos factores permiten explicar el surgimiento de pequeños poderes regionales y locales los cuales gozaban de una gran independencia frente a la otrora poderosa autoridad estatal. Tanto en Francia como Alemania la fragmentación del poder político implicó que por todo el anterior territorio imperial, comenzaran a construir nuevas fortalezas de tamaño reducido, las cuales, a la vez que servían como punto de protección frente a las incursiones realizadas por pueblos externos a la cristiandad, también empezaron a funcionar como centros de poder político. Estas pequeñas fortalezas, en su mayoría de madera durante los siglos IX y X, permitían a su propietario el control efectivo sobre las tierras y las poblaciones que lo circundaban.

Este mismo fenómeno, que el autor Pierre Toubert llamó *incastellamento*<sup>35</sup>, se comenzó a propagar por el resto de Europa; las islas británicas comenzaron a experimentar el mismo proceso tras la conquista normanda en el siglo XI, en la península itálica la existencia previa de ciudades con murallas y la construcción de otras nuevas generó el mismo efecto y en la península ibérica, tanto cristianos como musulmanes comenzaron a construir fortalezas. Así pues, en toda Europa

Castillos y ciudades amuralladas se convirtieron en sedes del poder jurisdiccional y político, en polos de desarrollo agrario y comercial, en núcleos vertebradores y jerarquizadores del entorno geo-económico y de la población asentada en sus inmediaciones, de tal forma que el control del territorio y de los hombres que lo habitaban acabó pasando necesariamente por el dominio previo sobre las fortificaciones<sup>36</sup>

Estas fortificaciones fueron utilizadas allá a donde los europeos occidentales llegaban, ya fuera que las construyeran en lugares como los actuales territorios de Lituania o Irlanda, o que aprovecharan las ya existentes como lo hicieron los cruzados en Palestina. La razón de este fenómeno radica en la influencia que tenían estas construcciones dentro de la política y la forma de hacer la guerra en la Edad Media.

Los castillos y las ciudades amuralladas se volvieron tan importantes en la Edad Media por un hecho sencillo, eran muy fuertes. La tecnología disponible durante gran parte de la misma hacía que la capacidad ofensiva de los ejércitos fuera menor a la capacidad defensiva de la época. No fue hasta el perfeccionamiento de la artillería de pólvora que la capacidad ofensiva sobrepasó a la defensiva, aunque por un periodo de tiempo muy reducido<sup>37</sup>.

Esta preeminencia de la defensa sobre la ofensa se explica, según Francisco García Fitz, por 4 premisas:

---

<sup>35</sup> La tesis completa del autor puede ser encontrada en: Toubert, Pierre, *Castillos, señores y campesinos en la Italia medieval*, Barcelona, Critica, 1990, 347p.

<sup>36</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p.62-63

<sup>37</sup> El desarrollo de la llamada traza italiana durante el siglo XVI generó una vuelta a los sitios largos y costosos.

- 1) Intentar un asalto directo a una fortificación era una labor que conllevaba la pérdida de muchas vidas en el ejército atacante
- 2) Las herramientas que tenían los agresores para irrumpir en una fortaleza, las máquinas de asedio y los sistemas de expugnación, eran muy inferiores a la capacidad defensiva y por lo general de baja calidad.
- 3) La falta de contingentes numerosos y permanentes imposibilitaba la puesta en práctica de sitios largos que lograran rendir un punto fuerte por hambre o cansancio.
- 4) La carencia de planificación logística generaba que la mayoría de las veces el ejército invasor tuviera que vivir del terreno donde se desempeñaba, lo que hacía que la presencia continua en un sólo lugar fuera muy complicada.

La consecuencia de los puntos antes mencionados, fue que “este modelo de guerra [tomar fortalezas por asedios] podía asfixiar a cualquier estado medieval, incluso los mejor organizados (Inglaterra) o los más ricos (Francia), hasta el punto de la quiebra y más allá”<sup>38</sup>

Las dificultades que implicaban los asedios generaron que aquel que poseyera una fortificación tuviera buena posibilidad de sobrevivir a un opositor más poderoso, por lo tanto, no había necesidad de enfrentarse en batalla. “Si en general, la estrategia defensiva medieval estaba basada en evitar más que en ofrecer batalla, esto se debió a que el gran número de castillos y ciudades fortificadas permitían a los defensores encerrarse y esperar pacientemente a ver qué pasaba. Las fortalezas eran, casi siempre, lo suficientemente fuertes para soportar a los atacantes.”<sup>39</sup>

Según Verbruggen esta estrategia de evitar el enfrentamiento directo al encerrarse tras los muros de un castillo o ciudad era facilitada por el hecho de que “en repetidas ocasiones un ejército invasor usaba una única ruta y, por tanto, el defensor podía evitar al enemigo de manera fácil.”<sup>40</sup>

---

<sup>38</sup> Keen, *op cit*, p.152

<sup>39</sup> Verbruggen, *op cit*, p.329

<sup>40</sup> *Ibid*, p. 327

La existencia de puntos fortificados en el territorio hizo de las batallas campales un asunto altamente ineficiente, mientras que la falta de fortificaciones, favorecía el que ambos bandos buscaran los encuentros campales. “Como Inglaterra en 1015-16 y 1066, éste [La Sajonia del siglo XI] era un escenario de guerra en el que los contendientes estaban más dispuestos a arriesgar a entrar en batalla de lo que estarían si se encontrasen en un territorio más fortificado”<sup>41</sup>, es decir, “según iban proliferando los castillos así iba cambiando la naturaleza de la guerra”<sup>42</sup>.

La capacidad de controlar un territorio a partir de las fortalezas con una cantidad no tan grande de soldados, así como la posibilidad de resistir a un ejército invasor evitando enfrentarse a él de manera directa, es lo que nos explica las redes de fortalezas construidas o remozadas en Medio Oriente por los cruzados, en Normandía por los Plantagenet, en Gales por Eduardo I o en la Península Ibérica tanto por el bando cristiano como el musulmán.<sup>43</sup>

Por su parte un ejército invasor podía intentar debilitar al enemigo por medio de la depredación de sus dominios, buscando afectar la capacidad económica del contrario. Conocidas como cabalgada en castellano, *razzia* en árabe y *chevauchée* en francés, implicaban ataques sobre la población desarmada que iban desde robo de ganado y secuestro de aldeanos, a la deforestación de una zona o el incendio de aldeas completas. Estas operaciones de rapiña, fueron de las operaciones bélicas más constantes durante la Edad Media. “En cuanto a la devastación sistemática, ésta también fue una característica presente en muchas de las actividades de campaña la Europa medieval, de Escocia a los Balcanes.”<sup>44</sup>

---

<sup>41</sup> Keen, *op cit*, p.107

<sup>42</sup> *Ibid*, p.110

<sup>43</sup> Política que se reflejó en el nombre de un reino ibérico, Castilla.

<sup>44</sup> Andrew Ayton y J.L. Pierce, “Introduction: The Military Revolution from a Medieval Perspective” en *The Medieval Military Revolution State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, Londres, I.B. Tauris, 1998, p.7-8

En esta forma medieval de hacer la guerra, aunque las batallas no desaparecieron, la mayoría de las que sucedieron tuvieron lugar en el transcurso de un sitio o de una cabalgada, cuando uno de los dos bandos, o ambos, creían que la batalla era la única opción que podía permitirles solucionar una situación insostenible. En este sentido, y citando una vez más a Francisco García Fitz:

Queda claro que un cerco o una cabalgada eran operaciones militares que, en sí mismas, tenían un significado estratégico, desde el dominio de puntos fortificados y del territorio en el caso de los primeros, hasta la búsqueda del enriquecimiento o del debilitamiento económico, político o moral del adversario en el segundo supuesto, mientras que una batalla muy rara vez era concebida con un objetivo estratégico propio y casi nunca se presenta como una actuación prioritariamente buscada para alcanzar el colapso total y la desintegración moral y física del enemigo, por utilizar la descripción dada por Keegan.<sup>45</sup>

En resumen podríamos afirmar que una batalla en la Edad Media era un fenómeno raro, la cual buscaban evitar los líderes medievales debido al gran riesgo que podía implicar, tanto para el reino como para el rey, la presencia de este último en un enfrentamiento campal al frente de tropas poco numerosas y no del todo coherentes. Riesgo que se potenciaba debido a la misma naturaleza impredecible de la batalla y la poca certidumbre de lo que se podría conseguir de ganar la batalla como consecuencia de la presencia de las numerosas fortalezas que complicaban el aprovechamiento de una victoria. En este sentido, la guerra medieval fue más un asunto de incursiones rápidas y de asedios que de batallas, puesto que aquellas eran operaciones que resultaban más efectivas y menos riesgosas.

A pesar de todo lo ya expuesto, creemos que la escasez de combates campales no termina por explicar el porqué de la importancia que se le dio durante el siglo XIII. Habrá que intentar completar nuestra comprensión sobre lo que fue una batalla medieval preguntando a los mismos contemporáneos de diferente forma. Habrá que investigar las representaciones sobre la batalla que existían en el imaginario europeo plenomedieval.

---

<sup>45</sup> García Fitz, *Las Navas...* p.69

## ***1.2 El combate campal en el imaginario europeo del siglo XIII.***

En las *Siete Partidas del rey Alfonso X* se puede leer la siguiente definición de la batalla:

Y batalla le pusieron nombre en donde hay reyes de ambas partes y tienen estandartes, insignias y paran sus haces con delantera, con costaneras y con zaga; pero señaladamente pusieron este nombre para que los emperadores y los reyes cuando se habían de juntar unos con otros pelear, solían hacer que tocaran trompetas y los tambores, lo que no era dado a otros hombres.<sup>46</sup>

Este texto escrito durante el siglo XIII en Castilla revela la existencia en esa centuria, la misma que la batalla de las Navas de Tolosa, de una concepción sobre la batalla con características muy particulares dentro del ámbito regio, las cuales habrá que explicar.

La definición arriba presentada, llama la atención en primer lugar en cuanto define a la batalla como un asunto del rey o del emperador. Sólo la presencia de la figura real permite hablar de una batalla, lo cual se entiende si se tiene en cuenta la dificultad que implicaba juntar a un ejército numeroso durante la Edad Media. Aparte hay algo más. En un cambio que podría ubicarse entre el siglo XI y el XIII en la Europa occidental la institución monárquica comenzó a retomar su lugar como una institución fundamental en la forma en que se organiza la sociedad feudal. Los monarcas de los reinos cristianos comenzaron a recuperar el poder dentro de sus territorios, si bien se hallaba lejos de ser un poder total.

El resurgimiento de la figura real se vio acompañada por un entramado ideológico que lo hizo ver como el líder de la sociedad, a la que debe proteger y guiar. Como cabeza de la sociedad, sancionada y apoyada por la Iglesia, el rey fue el principal encargado de hacer la guerra y por tanto, presentar batalla era una de sus capacidades. Su unción como personaje real y representante de la monarquía le puso en la posición de decidir si se iba a recurrir al enfrentamiento campal.

---

<sup>46</sup> Ley XXVII, Título XXIII, 2ª Partida en *Las Siete partidas de Alfonso El Sabio*, Guadalajara, Jalisco, Colegio de Notarios del Estado de Jalisco, 2009, vol. II, , 263p

La definición de batalla habla de reyes quienes acaudillan dos ejércitos, es decir, un rey contra otro. Es en este lugar donde se nos presenta un aspecto fundamental de la batalla en la plena Edad Media, la batalla que se equipara a un duelo en el que ambos monarcas intentarán decidir y dar solución a los problemas que la guerra no ha podido solucionar. “Pero los príncipes, aunque aceptan este procedimiento, por lo general vacilan en medirse solos cuerpo a cuerpo; prefieren participar con sus amigos y con todas sus fuerzas. El duelo, exageradamente ampliado, se transforma en batalla, pero su naturaleza no cambia.”<sup>47</sup>

Esta concepción de duelo entre reyes, y en general entre los hombres principales, se puede notar en las crónicas medievales, donde los choques se relatan cómo una serie de hazañas individuales y en las cuales los peones no cuentan. Por tanto en la batalla sólo importan los nobles y en primera instancia el monarca feudal. “En el seno de esta concepción jugaban un papel fundamental los caudillos de los ejércitos en lucha, *Campeones* en torno a los que se agrupaban los contendientes y cuyos gestos dominaban lo que sucedía antes, durante y después de la batalla”<sup>48</sup>. La batalla de las Navas es un enfrentamiento entre Alfonso VIII y el califa musulmán *Miramamolin*, Bouvines es un duelo de Felipe Augusto contra Otón IV y Juan sin Tierra.

El duelo que representa la batalla tiene un árbitro, un juez, que al decidir al ganador y al perdedor del combate emite su veredicto. Dios, quien es todopoderoso, es el que escoge al vencedor y con esto, le concede la razón en el conflicto.

La Batalla Campal del Pleno medioevo se concibe en la mentalidad de la época como un *Juicio de Dios*. Siendo una apelación directa a la divinidad, adoptaba las mismas connotaciones que las ordalías y los duelos judiciales, pruebas en las que las fuerzas sobrenaturales actuaban en la vida de los hombres decidiendo en caso de conflicto a qué parte correspondía la razón<sup>49</sup>

---

<sup>47</sup> Duby, *op cit*, p. 150-151

<sup>48</sup> Martin Alvira Cabrer, *op cit*, p. 317-318

<sup>49</sup> *Ibid*, p. 317

Es esta conexión con lo divino, la que explica la gran cantidad de ritos que se llevan a cabo antes y después de la batalla. “la batalla abierta a lo sagrado, se ordena como liturgia [...] ambos adversarios se presentaran ante el tribunal del Señor. Ante todo deben orar y proclamar ante la faz del Eterno su recta intención, prometiendo la remisión de sus faltas pasadas.”<sup>50</sup>

Martín Alvira Cabrer y Georges Duby concuerdan en señalar que los hombres que escribieron sobre los combates ven en el desarrollo de los mismos, ciertos pasos y ritos que cumplir; como por ejemplo las arengas, la comunión, la bendición, entre otros. Todos estos momentos nos hacen ver la naturaleza sacra que se le asigna a lo sucedido una vez ambos ejércitos se confrontan. Estos ritos o pasos a seguir tienen por objetivo granjearse el favor del árbitro, buscando demostrar la rectitud de su causa. Aquí vemos un aspecto más de lo incierto del combate. Dios decide quien tiene la razón por medio de la victoria, por lo tanto, la suerte de los combatientes depende en última instancia de la voluntad divina.

Una vez que la batalla ha terminado y el veredicto se conoce, el vencedor sale fortalecido, no sólo por la victoria que obtuvo sobre el otro campeón. Dios demostró de qué lado se halla, lo cual fortalece la figura del ganador tanto al interior como al exterior, mientras que el perdedor debe sufrir el hecho de que la voluntad divina no le acompaña.

Por todo lo anterior, la batalla deja de ser la guerra para volverse algo diferente. Los hombres de la plena Edad Media ven en el combate campal algo que la guerra no tiene “la diferencia entre la batalla y las prudentes escaramuzas de la guerra se observa en esta búsqueda de lo absoluto, que permite acceder a otro ámbito, el de la gravedad y liturgia del destino”<sup>51</sup>. La decisión de Dios como inapelable y el riesgo que implica para el rey perder el duelo contra su oponente, ser apresado, herido o muerto, hace de ellas, por lo general, un recurso último, al cual se teme acudir por todo lo que

---

<sup>50</sup> Georges Duby, *op cit*, p. 152.

<sup>51</sup> Duby, *op cit*, p. 150

una derrota puede significar moralmente. Aquellas terminan siendo soluciones radicales frente a situaciones insostenibles.

Este aspecto de totalidad, de definitorio que adquieren las batallas plenomedievales, es lo que permite pensar en ellas como un procedimiento de paz, un momento de excepción en el que se pone todo en juego con tal de terminar lo que la guerra no logra solucionar.

Así surge en la misma sociedad medieval el mito de la batalla, la cual se equipara con otros fenómenos raros y excepcionales como los terremotos o los cometas. “eran por sí mismas, independientemente de sus protagonistas, sucesos memorables, insignes, notables, materia propia de narración histórica<sup>52</sup>.

Este contexto mental fue el que rodeó la batalla de Las Navas de Tolosa y en general las batallas de la Plena Edad Media, un contexto que se conjugó con una realidad política y militar particular (explicada en el primer apartado de este capítulo), y que terminó dando al enfrentamiento campal un tono especial y diferente de lo que serían Waterloo o el Somme para los hombres de 1815 y 1916 respectivamente.

---

<sup>52</sup> García Fitz, *Las Navas...* p. 41

## Capítulo II La batalla de las Navas de Tolosa

Habiendo entendido el papel de una batalla dentro de la sociedad cristiana plenomedieval del Occidente europeo, nos vamos acercando a nuestro punto de interés primordial, el terreno de una batalla y su relación con la sociedad que la experimenta. En un segundo paso, para ajustar de manera más fina nuestra aproximación, debemos entender qué fue la batalla de las Navas de Tolosa. Necesitamos ver qué aconteció en ella, qué la provocó y qué resultado tuvo, esto debido a que el terreno donde sucedió y la forma en que fue recordada, está en relación directa con lo que fue el combate, por lo tanto, su conocimiento nos debe de permitir entender de mejor manera cómo fue la relación de los hombres con el espacio en el que lucharon.

### *II.1 La península ibérica al filo de 1200.*

Ya hemos señalado la poca frecuencia de las batallas en la plena Edad Media, este mismo hecho nos obliga a que explicar el contexto que da lugar a este fenómeno; la situación en la que se hallaba la Península Ibérica a principios del siglo XIII permitió que tanto cristianos como musulmanes concentraran una cantidad considerable de tropas y destinarlas a un enfrentamiento de dimensiones rara vez vista por los hombres de esa época.

Tenemos que empezar la historia a mediados del siglo XII. Tras la caída del poder almorávide en el sur de la península, comenzaron a formarse pequeñas entidades políticas conocidas como taifas. Estos pequeños reinos musulmanes en los que se había dividido el territorio de al-Andalus se hallaban en conflicto entre ellos. Al norte estaban los reinos cristianos; Portugal, Navarra, Aragón, León y Castilla (estos dos últimos se hallaban unidos hasta la muerte de Alfonso VII de León en 1157). Reinos que se encontraron en abierta competencia entre ellos y buscaban formas de extender su territorio. La caída del poder almorávide y la consecuente fragmentación del al-Andalus, brindó a los reinos cristianos la oportunidad de expandirse hacia el sur a costa de los pequeños reinos de taifas. Frente al vacío de poder que generó la caída de los almorávides, los cristianos comenzaron una política expansiva mediante la cual Castilla conquistó Córdoba, Baeza y

Calatrava. A la vez que buscaban su expansión por medios militares, los reinos cristianos, principalmente Aragón y Castilla, recibían una importante cantidad de dinero por parte de las taifas más ricas con la intención de que los cristianos las apoyaran en sus luchas con las otras taifas, así como evitar ser el objeto de la expansión católica. Este mecanismo de pago es el conocido “régimen de parias” y funcionó de manera muy similar a lo que sucedió tras la caída del califato omeya en Córdoba. La fragmentación de al-Andalus se vio abortada tras la llegada de un nuevo poder a la Península proveniente del Norte de África, los almohades.<sup>53</sup>

La llegada de los almohades a la península implicó un serio problema para los reinos cristianos del norte de España. Desde la década de 1140 los norteafricanos comenzaron a establecer su control sobre la gran mayoría de los territorios de al-Andalus. Por lo mismo, las monarquías de Castilla y Aragón dieron su apoyo a facciones disidentes, siendo la del rey Lobo la más importante, las cuales apoyaron militar y políticamente con la intención de distraer a los recién llegados, cosa que lograron hasta la década de 1170. La resistencia andalusí frente al poder almohade sucedió en paralelo a la separación del reino de León y de Castilla, lo que ocasionó entre ambas coronas constantes conflictos, los cuales llevarían al reino leones a aliarse algunas veces con los almohades, implicando un serio problema para la causa cristiana peninsular, puesto que limitaban la posibilidad de hacer frente de manera efectiva al imperio almohade, el cual, había logrado unificar todo al-Andalus para la década de 1170<sup>54</sup>.

Con la muerte del Rey Lobo en 1172, el poder almohade se extendió por todo al-Andalus. Otra vez un reino musulmán fuerte se oponía a sus vecinos cristianos. La dinámica que empezó a operar a partir de ese momento fue una calca de lo sucedido con los almorávides. Cuando los cristianos presentaban un frente común, el riesgo de derrota frente a los musulmanes era poco, pero cuando un reino se enfrentaba sólo contra los almohades, o incluso contra estos y algún otro reino cristiano, las consecuencias podían ser graves. En tres fechas esto fue evidente. 1174, 1190-91 y 1196-97 fueron años en los que

---

<sup>53</sup> Garcia Fitz, *Las Navas...*, p. 102-114

<sup>54</sup> *Ibid*

la ofensiva almohade fue enfrentada por un solo reino (León, Portugal y Castilla respectivamente). Mediante esas ofensivas, los musulmanes lograron recuperar las tierras al sur del Tajo, lo que implicó un retorno a las fronteras de principios del siglo XII. Esta impotencia de los reinos cristianos frente al avance almohade tenía por razón la existencia de intereses particulares de cada reino que provocaban que, a veces, fuera más importante atacar a sus vecinos cristianos que a los almohades. “En definitiva, la unidad de acción contra los musulmanes se vio supeditada en muchas ocasiones a los objetivos, inquietudes y ambiciones de cada reino peninsular”<sup>55</sup> En las ocasiones en que los reinos cristianos dejaban de lado sus diferencias para enfrentar a los almohades, las posibilidades de éxito aumentaban, ya fuera que se recurriera a ataques simultáneos o defensas conjuntas. Estos éxitos hacían evidente que la fuerza almohade no era indestructible.

La falta de un frente común cristiano implicó sendas victorias para los almohades en varias campañas del siglo XII. En 1174 atacó las posesiones del reino leones al sur del Tajo, logrando sacar a los cristianos de territorios como Alcántara o Cáceres. En esta ocasión tanto castellanos como portugueses evitaron intervenir. En 1191 otra ofensiva almohade, esta vez dirigida contra el reino de Portugal, logró quitar a los portugueses sus posiciones al sur del Tajo. Castilla y León se mantuvieron al margen debido a problemas en la sucesión del trono leones. Finalmente, en 1195, los almohades realizaron una gran campaña contra el reino de Castilla la cual se saldó con la derrota en Alarcos del ejército castellano comandado por el rey Alfonso VIII, quien salvó la vida por poco. Si bien en un principio iba a recibir apoyo de navarros y leoneses, la premura con la que el rey enfrentó a los musulmanes y su posterior derrota, colocó a los reinos de Navarra y de León en una posición que les permitió ajustar algunos reclamos fronterizos con Castilla. Alfonso VIII enfrentó tres frentes abiertos. En el proceso perdió una buena porción de los territorios al sur del Tajo, lo que lo obligó a firmar una tregua con los almohades en 1197, quienes habían logrado llevar a cabo cabalgadas hasta los alrededores de Toledo en los dos años posteriores a Alarcos.<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> *Ibid*, p.115

<sup>56</sup> *Ibid*, p.132-143

Tras la tregua con los almohades, Alfonso VIII de Castilla, apoyado por Pedro II de Aragón, comenzó a combatir a sus vecinos, vencéndolos en poco tiempo. León vio como dos expediciones castellano-aragonesas asolaban su territorio y para finales de 1197 la corona leonesa firmó la paz con Castilla. En cuanto a Navarra, para el año de 1200, las tropas conjuntas de Aragón y Castilla habían logrado que el rey Sancho el fuerte se rindiera y cediera algunos territorios a los vencedores. Esta tregua, tras un breve pleito en 1202 se ratificó finalmente en 1207. Castilla había logrado salir del atolladero.<sup>57</sup>

La presencia de un imperio almohade tan poderoso en la península ibérica no sólo era un motivo de preocupación para las monarquías cristianas peninsulares, puesto que el papado también estaba pendiente de la situación en el Occidente de la Cristiandad medieval. Es por esto que en repetidas ocasiones el papado intentó mediar entre los distintos reinos peninsulares para formar un frente común contra los musulmanes. La noticia de Alarcos y la de las posteriores guerras entre los reinos cristianos hispánicos, se sumaron a la de la pérdida de Jerusalén y el relativo fracaso de la Tercera cruzada. “Sin duda, el ambiente general que se vivía en Occidente en aquellas fechas, marcado por el miedo a un avance incontenible del Islam, no fue ajeno a la preocupación papal por recomponer la unidad de acción de los reinos hispanos frente a los almohades”<sup>58</sup>

Preocupación que llevó al papa Celestino III a enviar en 1192 a su propio sobrino Gregorio, quien debía lograr la paz entre los cristianos para luego moverlos contra los almohades. Fue bajo esta premisa que el legado papal consiguió en 1194 la firma del tratado de Tordehumos entre Portugal, León y Castilla, en el que se aseguraba la paz y se prometían auxilio mutuo. La derrota de Alarcos y la posterior invasión de Castilla por parte de sus vecinos, demostró que el objetivo no había sido alcanzado.<sup>59</sup>

Pero cómo ya hemos señalado, hacia 1208-09 la paz entre las distintas monarquías cristianas del norte de la península ibérica era una realidad que parecía hecha para durar. El proyecto pontificio de un frente unido contra los almohades parecía tener futuro.

---

<sup>57</sup> *Ibid*, p.134-137

<sup>58</sup> *Ibid*, p.127

<sup>59</sup> *Ibid*, p.131-133

Además, la tregua firmada por Castilla con el califa norteafricano estaba próxima a vencer (1210) lo que parecía pronosticar el inicio de otro ciclo de conflictos entre los musulmanes del sur y los cristianos del norte. Conflicto que ni el rey Alfonso VIII ni al-Nasir buscaban evitar. El primero por fin lograba estar en paz con sus vecinos y tenía el apoyo de la Iglesia para llevar a cabo un ataque contra el Islam, mientras que el segundo, tras haber conquistado Mallorca y sometido a los rebeldes al este de sus territorios africanos, llegaba en una situación política muy estable. Por lo tanto no hubo nuevas negociaciones para alargar las treguas, inclusive antes de que acabara la tregua, miembros de la nobleza castellana decidieron participar en una serie de incursiones contra los territorios musulmanes, en paralelo a los ataques del rey Pedro II de Aragón contra la costa levantina. Estos ataques fueron acompañados de un pronunciamiento del papa Inocencio III, quien concedía los beneficios de la cruzada a todo aquél que participara<sup>60</sup>.

La respuesta de al-Nasir no se hizo esperar y convocó la reunión de un gran ejército el cual debería juntarse entre enero y febrero en la ciudad de Marrakech y de ahí dirigirse hacia la península. En mayo llegaron a Sevilla y para mediados de verano ya sitiaban el castillo de Salvatierra, el cual servía de base para las cabalgadas castellanas que se internaban en las posesiones almohades. La caída de la fortaleza en septiembre tuvo un fuerte impacto en la corte castellana. Tras la toma de Salvatierra, el califa y sus tropas emprendieron el camino de regreso hacia Sevilla, donde pasarían el invierno. Según lo que dice la *Primer Crónica General*, el rey Alfonso VIII externó su deseo de combatir al ejército califal ese mismo año, sin embargo, hubo un consejo con sus caballeros, vasallos y amigos y se decidió que se pregonara una convocatoria para que todos se presentasen a la lid, en vez de aventurarse a atacar a los musulmanes en ese momento con tan poca gente.<sup>61</sup>

## ***II.2 La campaña de 1212***

---

<sup>60</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Silex ediciones, 2012, p. 68-69

<sup>61</sup> *Primera Crónica general. Estoria de España que mandó componer Alfonso el sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Bailly-Bailliere e hijos, 1906, 687p.

La toma de Salvatierra por los almohades fue el catalizador que desembocó en la campaña del año siguiente, la cual comenzó a planearse en septiembre, debido al riesgo que implicaba para el reino de Castilla la posesión almohade de una posición tan estratégica, ya que les daba a los musulmanes una entrada directa hacia el valle del Tajo. Conocedor del peligro que esto implicaba, Alfonso VIII decidió llevar a cabo una gran campaña el verano siguiente que tendría por fin último destruir de manera terminante el potencial ofensivo almohade a la vez que serviría para vengar la derrota sufrida en Alarcos en 1195.<sup>62</sup>

## II.2.1 La convocatoria

Mas el rey don Alfonso el noble, oído su consejo con el arzobispo de Toledo y con los obispos de su tierra y con los grandes hombres de su reino, llamaron y dijeron todos, queriéndolo él y diciéndolo por la su boca, que mejor era probar en la batalla la voluntad del cielo y el *perigio*, que no ver tantos males en su tierra y tantos quebrantos de sus señoríos; y hizo echar pregón por todas las provincias de su reino que caballeros y peones, dejadas las vestiduras soberanas con *orofres* y *argenfres* y cualquier otro afecto que a la cosa no perteneciese, que se proveyesen de armas y de las cosas que eran menester para en batalla; y aquellos afectos con que no placiera a Dios en las cosas soberanas, que pidiese entonces al muy alto, esto es a Dios con las cosas que eran menester y provechosas a la batalla; y preparados de esta manera y con esta intención, que fuesen luego con él. Y todos los del reino, del pequeño hasta el grande, obedecieron al noble rey.”<sup>63</sup>

El rey castellano hizo anunciar a partir del 29 de septiembre de 1211 una convocatoria general en Castilla para que un ejército castellano se presentara en Toledo en mayo del año siguiente. Para noviembre, Alfonso VIII se reunió con Pedro II de Aragón y aprovechando las buenas relaciones, además de la cercanía de objetivos políticos entre las dos coronas, logró convencerle de apoyar la campaña castellana, a la cual acudiría en persona. El soberano castellano llevó a cabo negociaciones similares con los otros reyes peninsulares. El monarca de Portugal, Alfonso II, no pudo asistir debido a un conflicto entre algunos nobles portugueses apoyados por la corona leonesa y el mismo Alfonso II, sin embargo, a la convocatoria se sumaron algunos individuos portugueses.<sup>64</sup>

---

<sup>62</sup>Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p. 179

<sup>63</sup> *Primera Crónica general...* p. 687

<sup>64</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p. 133-154

En lo que respecta al reino navarro, Sancho III al principio decidió no tomar parte en la campaña de 1212, debido a los conflictos que habían tenido él y Alfonso VIII a principios de siglo y que se saldaron con la pérdida de una parte del territorio navarro. Más tarde cambiaría de parecer. Por el lado leonés, Alfonso IX había sido señalado directamente por el papa en otros años por su cooperación con los musulmanes. Su enemistad con el rey de Castilla lo orilló a no tomar parte en la batalla, sin embargo, también hubo participantes leoneses en la campaña.<sup>65</sup>

Además de estos contactos, Alfonso VIII de Castilla intentó atraer el apoyo de otros líderes de la Cristiandad; a Felipe Augusto de Francia le escribió una carta pidiéndole que se uniera a la empresa.<sup>66</sup> También despachó a un enviado para presentar sus planes al líder espiritual de la Cristiandad en aquel momento, el papa Inocencio III, de él obtendría un apoyo fundamental, una bula de cruzada a favor de la iniciativa castellana.

## II.2.2 La bula de cruzada. Importancia de la Cruzada

Cuando llegó a Roma el enviado castellano para conseguir el apoyo de la Iglesia hacia la iniciativa del rey Alfonso VIII, Inocencio III accedió a apoyarlo, apoyo que se tradujo en dos acciones puntuales y fundamentales para el desarrollo de la campaña de 1212. En primer lugar accedió a ceder parte de los ingresos de la Iglesia castellana para mantener al ejército que se juntaría en Toledo en Mayo. Estos ingresos se utilizarían para comprar alimentos o para pagar a las tropas que se presentaran a combatir. En segundo lugar, Inocencio III decidió otorgarle a la empresa contra los almohades los beneficios y la categoría de una cruzada, hecho que tuvo consecuencias importantes para el desarrollo de la misma.<sup>67</sup>

---

<sup>65</sup> *Ibid*

<sup>66</sup> La carta puede ser encontrada en Julio González, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII, T. I, Estudio*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1960, p. 557 - 558, *apud* Federico Gallegos, "La batalla de las Navas de Tolosa" en Leandro Martínez Peñas y Manuela Fernández Rodríguez (coords.) *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cadiz: El ejército y la guerra en la construcción del Estado*, Valladolid, Asociación Veritas para el estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones e Instituto de Historia de la Intolerancia, 2012, p.34

<sup>67</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, (en línea) Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2000, p. 107-109

El que Inocencio III haya accedido a conferir la categoría de cruzada al enfrentamiento que buscaba el rey de Castilla, permitió que la empresa castellana dejara de ser un asunto meramente peninsular para convertirse en un asunto más grande; si el proceso conocido como “Reconquista” había sido un asunto casi completamente peninsular, gracias a la promulgación de una Cruzada, lo que pasara en la Península se volvía un asunto de vital importancia para la Cristiandad en su totalidad. Es en el siglo XII que “esta agresión [la Cruzada] queda convertida entonces en la actividad primaria y fundamental del caballero occidental cristiano, en la clave de su éxito personal y político.”<sup>68</sup>

El apoyo de Inocencio III hacía la campaña de Alfonso VIII sacraliza el esfuerzo bélico, la cruzada es una acción que Dios quiere y que por medio de la Iglesia recompensa. Por lo tanto, ya no es una acción arbitraria de un rey, sino que se volvió una obligación que Dios imponía a los caballeros cristianos los cuales serían recompensados con la purificación de sus pecados. Por medio de la asimilación a una cruzada, la campaña de 1212 se volverá una guerra tanto santa como justa. Por lo mismo, el que la lleva a cabo recibe la protección de la Iglesia y por tanto, quien la obstruya estará pecando, situación de la que son advertidos los reyes de León y Navarra. “En la cruzada se añade una dimensión suplementaria de sacralización debida a la participación de caballeros llegados de diversas regiones de Occidente, al impulso y a las indulgencias del Papa y a sus reivindicaciones, en nombre de San Pedro, sobre estos territorios”<sup>69</sup>.

El llamado a la cruzada que realizó Inocencio III se pregonó por todos los reinos ibéricos cristianos y por una parte muy grande del reino francés, incluyendo Provenza y Occitania, razón por la cual, en Toledo aparecieron una gran cantidad de individuos “ultramontanos” dirigidos por los arzobispos de Narbona, de Bordeaux y el obispo de Nantes, inclusive el duque de Austria respondió al llamado de la cruzada, aunque llegó a la Península cuando la batalla ya había tenido lugar.<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> *Ibid*, p. 108-109

<sup>69</sup> Flori, *op cit*, p.193-194

<sup>70</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.181-182; Francisco García Fitz, *Las Navas...*, p. 133-154.

### II.2.3 El ejército cruzado se prepara. Composición

Después de fuera pregonada la campaña que tendría lugar en el verano de 1212, Toledo comenzó a recibir contingentes desde febrero, sin embargo, el primer contingente de tamaño considerable, las tropas catalo-aragonesa bajo el mando de Pedro II de Aragón, llegó el 20 de mayo. A principios de junio, tanto el contingente ultramontano, el cual había hecho una pequeña pausa en Navarra para intentar convencer al rey Sancho que se uniera, como el castellano, este último con el rey Alfonso VIII a la cabeza, llegaron a Toledo donde se organizó el tren de suministros y las pagas a los soldados, todo subvencionado por la Iglesia y la corona castellana. El 20 de junio, el ejército se puso en marcha saliendo de Toledo con dirección hacia el sur.<sup>71</sup>

El ejército que salió de Toledo era un ejército grande, muy grande para los estándares plenomedievales europeos, compuesto por tropas de distintos orígenes y que se hallaban en la campaña por razones diversas. De todos los contingentes descritos en las fuentes, el primero que salta a la vista es el ultramontano. Éste estuvo compuesto por individuos que provenían principalmente del centro y sur de Francia. Se los describe como “hijosdalgo y otros hombres de a pie, todos guisados de armas y viandas y de otras cosas que para batalla eran mester tantos que no había cuenta.”<sup>72</sup> En la carta que escribe Alfonso VIII al Papa se menciona la llegada de 10 mil caballeros más escuderos y sargentos, además de 40 mil peones<sup>73</sup>, Arnaldo de Narbona habla de más de 40 mil soldados<sup>74</sup>. Si bien es difícil creer los números que dan las fuentes, nos revelan el hecho de que había una cantidad muy alta de cruzados, y “no parece descabellado pensar que la mayoría de los ultramontanos acudieron a Toledo motivados por los predicadores, ansiosos por enfrentar al enemigo de Cristo, por vengar las injurias sufridas en Jerusalén, deseosos por alcanzar la vida eterna o quedar limpios de penitencia y pecado”<sup>75</sup> junto a

---

<sup>71</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.182-183

<sup>72</sup> *Primera Crónica general...* op cit, p.690

<sup>73</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros”, en Gonzalo Argote de Molina, *Nobleza del Andaluzia*, Sevilla, editado por Fernando Díaz, 1588, p.46

<sup>74</sup> “Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella”, en Gonzalo Argote de Molina, op cit, p.320

<sup>75</sup> Francisco García Fitz, *Las Navas...*, p.182p.

la nada despreciable idea del botín. Los ultramontanos iban a la cabeza del ejército cruzado, todos ellos comandados por Diego López de Haro, vasallo del rey castellano.

Un segundo grupo o cuerpo del ejército cristiano estaba compuesto por las tropas catalana-aragoneses bajo el mando del rey de Aragón. Alvira Cabrer propone un número de entre 1600 y 3000 jinetes y un número similar de soldados de a pie.<sup>76</sup> Entre ellas vendrían los contingentes concejiles además de las provenientes de obligaciones feudales. Con ellos también venían las tropas leonesas y portuguesas que José Goñi sitúa en 500 soldados.<sup>77</sup>

El tercer cuerpo era el castellano, en él sobresalía la figura del rey Alfonso VIII. Este cuerpo, quizás el más numeroso del ejército, estaba compuesto por tropas concejiles, tropas nobles con lazos feudales y contingentes de las órdenes militares. Martín Alvira apoya la cifra propuesta por Goñi de aproximadamente 3000 jinetes más un número superior de peones.<sup>78</sup>

A esta cantidad de tropas se uniría más adelante el contingente comandado por el rey Sancho de Navarra, quien viendo la campaña como una manera de congraciarse con sus vecinos cristianos y con el Papa, llegó al mando de aproximadamente 600 caballeros.

En total se podría hablar de un ejército de entre 12 mil a 14 mil hombres, estimando las fuerzas de caballería en poco más de 4500 y las fuerzas de a pie en aproximadamente 8000 hombres, cifra que representaba, para el contexto cristiano pleno medieval, un ejército de dimensiones extraordinarias.<sup>79</sup>

---

<sup>76</sup> Para esta estimación se basa en crónicas aragonesas posteriores y el *Bayán al-mugrib* de Ibn Idhari, Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p. 182-183

<sup>77</sup>Goñi, *Historia de la Bula de Cruzada en España*, p. 120-121, *apud*, Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p. 182

<sup>78</sup> *Ibid*

<sup>79</sup> Garcia Fitz, *Las Navas...*, p. 490, Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.192

## II.2.4 La campaña comienza, qué puntos conquistaron.

Este numeroso ejército cruzado salió de Toledo el 20 de junio de 1212 con dirección hacia el sur dividido en tres cuerpos: a la cabeza iban los ultramontanos junto con Diego López de Haro y eclesiásticos como Arnaldo de Narbona; en el segundo grupo iba el contingente dirigido por Pedro II de Aragón y al final iban las tropas de Alfonso VIII. El camino a recorrer era largo y por tanto había sido planeado con anterioridad, intentando que en el camino hubiera siempre una fuente de agua cercana. En promedio las marchas eran de aproximadamente 15 kilómetros diarios. Al cuarto día de haber salido de Toledo, la vanguardia llegó a las cercanías de una fortaleza dominada por tropas musulmanas, la fortaleza Malagón. Según el arzobispo de Narbona, al llegar a las cercanías de la fortaleza, los cruzados franceses decidieron no esperar al resto del ejército debido a su ansia de enfrentar a los musulmanes y tras un breve asalto, la fortaleza cayó y todos sus defensores, salvo el alcalde del castillo y dos de sus hijos, fueron pasados a cuchillo.<sup>80</sup>

Al día siguiente, 25 de junio, llegó el resto del ejército y se decidió descansar y esperar la llegada de suministros para la tropa. Después de esperar al convoy, se puso el ejército nuevamente en camino, alcanzando la fortaleza de Calatrava el miércoles 27 de junio, sin embargo, afirma Rodrigo Jiménez de Rada que, “los agarenos habían asegurado de tal manera aquella fortaleza con armas, estandartes e ingenios en lo alto de los torreones, que parecía bastante dificultoso asaltarla a quien lo intentara”<sup>81</sup>.

Pese a la evidente resistencia de la fortificación los cruzados procedieron a ponerla bajo asedio, el cual duró tres días. El encargado de la defensa del castillo, de nombre Abû I-Haggag Yûsuf, viendo la superioridad numérica del ejército cristiano y conociendo la suerte de los que defendieron Malagón, decidió entrar en negociaciones con los reyes de Aragón y Castilla para lograr una rendición a cambio de salvar la vida de todos los defensores. Ambos reyes accedieron y el lunes 1 de julio, salieron las tropas almohades

---

<sup>80</sup>Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.200, “Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella”, en Argote de Molina, *op cit*, p.319

<sup>81</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, introducción, traducción, notas e índices de Juan Fernandez Valverde, Madrid, Alianza, 1989, p.313

desarmadas y despojadas de toda riqueza con rumbo al sur. Al día siguiente de haber tomado la fortaleza, la gran mayoría de los soldados provenientes de Francia decidió partir de regreso a sus tierras. Las fuentes que existen mencionan varias razones posibles: “el calor, las dificultades del camino y el abastecimiento, la tardanza en llegar a la batalla, la escasez de botín y la indignación por el trato y las negociaciones con los musulmanes”<sup>82</sup>. De todos los cruzados ultramontanos se quedó el arzobispo Arnaldo de Narbona con aproximadamente 150 caballeros.<sup>83</sup> Los demás emprendieron el camino de regreso, reduciendo de manera importante el tamaño del ejército cristiano, situación que afectó en la moral de los que permanecieron en la campaña. Lo único positivo fue que había menos bocas que alimentar.

A pesar de la desbandada, las tropas castellanas lograron conquistar las fortalezas de los alrededores (Caracuel y Benavente) mientras que el rey de Aragón permaneció en Calatrava repartiendo el botín. El domingo 7 de julio llegó a Calatrava el rey Sancho a la cabeza de 600 caballeros y el ejército cruzado continuó su camino hacia Salvatierra, fortaleza que había perdido Castilla el año anterior. Cerca de ella se reunieron en un consejo los tres reyes para decidir qué hacer, dado que el califa almohade no aparecía por ningún lado. En el consejo se propuso tomar la fortaleza, sin embargo, tanto el rey de Navarra como el de Aragón lo desaconsejaron puesto que el sitio podría ser muy difícil y desgastaría a las tropas pensando en el combate contra el grueso del ejército almohade. Otro plan, propuesto por Alfonso VIII, y narrado en la carta de Blanca de Castilla a Blanca de Navarra, era el de atacar el reino leones, ya que Alfonso IX de León había aprovechado la ausencia del monarca castellano para atacar sus posesiones, desoyendo de las amenazas papales. También fue rechazada esa propuesta y se decidió continuar hacia el sur en busca del enfrentamiento directo y del juicio divino.<sup>84</sup>

---

<sup>82</sup> Martín Alvira Cabrer, *op cit*, p. 201

<sup>83</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p.487

<sup>84</sup> Como ya se mencionó anteriormente, la búsqueda de la batalla como fin último de una campaña y no ya como algo ocurrido en el transcurso de otras operaciones fue algo excepcional para ese periodo de pocas batallas.

La decisión de buscar la batalla campal implicó que el ejército cristiano dejará atrás Salvatierra y se internara en la Sierra Morena “que desde principios del siglo XII se había convertido en la auténtica ‘barrera’ que separaba Cristiandad e Islam en la zona central de la Península”<sup>85</sup>. Del otro lado de la Sierra se hallaba el ejército almohade que tanto querían combatir.

### **II.2.5 El ejército almohade se pone en camino. Composición<sup>86</sup>**

Tras la toma de Salvatierra en septiembre de 1211, el ejército almohade con el califa Al-Nasir a la cabeza, regresó a Sevilla donde pasaría el invierno para comenzar otra campaña al año siguiente. Con la llegada de 1212 fue proclamada nuevamente la *Yihad* y se llamó a que las tropas almohades se reunieran nuevamente en Sevilla. Las tropas califales salieron por las mismas fechas que los cristianos lo hacían desde Toledo.<sup>87</sup>

El ejército musulmán se hallaba compuesto por una miríada de grupos étnicos provenientes de distintas partes del vasto imperio de los llamados “unitarios” o almohades. El ejército tenía como base principal el *yund*, una especie de ejército regular mantenido por el Estado a través del *diwan*, que era la parte del gobierno almohade encargada de pagar los soldados. El *yund* se hallaba compuesto por individuos provenientes de los grupos tribales norteafricanos donde había surgido el movimiento unitario. A estas tropas, las cuales eran infantería y caballería ligera, se debían agregar las provenientes de al-Andalus compuestas principalmente por caballería al estilo de la caballería de sus vecinos del norte.<sup>88</sup>

A parte del *yund*, el ejército que se enfrentaría a los cristianos contaba con tropas beréberes, árabes, turcas, voluntarios de la guerra santa y la guardia califal formada por esclavos negros. Todos estos grupos étnicos conservaban su estructura interna, separados de los otros grupos presentes en el ejército, su participación estaba en función de los

---

<sup>85</sup> *Ibid*, p. 207

<sup>86</sup> Para ver de manera mucho más detallada la composición del ejército almohade: Gracia Fitz, *Las Navas...*, p.301-358

<sup>87</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.179

<sup>88</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p.341; Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.194

compromisos que cada grupo tenía con el Estado almohade. Era un ejército principalmente compuesto por caballería ligera especializada en la evasión del ataque directo y apoyado por una gran cantidad de infantería, la cual debía mantener la posición mientras la caballería ligera se reagrupaba.

Este ejército altamente heterogéneo de aproximadamente 22 mil hombres<sup>89</sup>, llegó a Jaén a principios de Julio. Al-Nasir estaba decidido a retrasar o evitar el enfrentamiento frontal con los cristianos, prefiriendo desgastar al ejército enemigo y esperarlo en una posición escogida de antemano que impidiera el recurso de la batalla campal. Fue por esta razón que cuando se enteró de la caída de Calatrava tras sólo tres días de asedio, mandó ejecutar al encargado de su defensa debido a su cobardía. Desafortunadamente para el califa, muchos nobles andalusíes tomaron como una afrenta aquello y lo recordarían el día de la batalla.<sup>90</sup>

Paralelo a esta noticia, también llegaron a al-Nasir los informes de la desbandada franca, lo cual lo movió a desplazarse con su ejército hacia Santa Elena, en las faldas de la Sierra Morena, donde, podemos suponer, comenzó a preparar su estrategia para impedir que el ejército cristiano lograra atravesarla y así evitar la batalla. Por su parte, los cristianos se disponían a atravesar la Sierra para poder enfrentar a los almohades. La batalla sucedería pocos días después.<sup>91</sup>

## **II.2.6 El fracaso de la estrategia almohade, los cristianos logran forzar la batalla.**

Para llegar a donde se hallaban situados los almohades (Santa Elena), los cristianos podían utilizar tres caminos para atravesar la sierra, sin embargo, el mejor era el conocido como “Camino del Puerto del Muradal”, el cual era lo suficientemente ancho para permitir el paso del ejército cristiano. Esto lo sabía al-Nasir y había mandado parte de sus tropas a cubrir ese lugar, mientras que al grueso de su ejército lo había apostado en el

---

<sup>89</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p. 490; Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.196

<sup>90</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p. 92

<sup>91</sup> *Ibid*, p. 92-95

“Paso de la Losa”, el camino que descendía desde el Puerto y que llevaba a Santa Elena. Esta era el camino que los cristianos tenían pensado utilizar.<sup>92</sup>

El 11 de julio, la vanguardia cristiana, bajo el mando de Diego López de Haro, subió a la cima del Puerto del Muradal y, tras un breve enfrentamiento con las tropas almohades, ocupó la posición. Para el 13 de julio, el grueso del ejército llegó a la cima donde ya se hallaban las tropas de López de Haro, no obstante, todavía faltaba encontrar la forma de bajar la sierra. Frente a ellos se extendía un barranco, por el que corría el Arroyo del Rey, que hacía casi imposible el descenso de la cima por cualquier otro camino que no fuera el Paso de la Losa, paso fuertemente fortificado por los almohades. En consejo, los reyes analizaron otras posibilidades sabiendo que permanecer ahí era imposible debido a la falta de agua. Entre las opciones estaba regresar por donde venían y buscar otro camino, o forzar el ataque directo. Al final Alfonso VIII decidió la última:

Y como nos por la falta de agua no pudiésemos estar allí ni pasar por la dificultad del paso, ciertos de los nuestros aconsejaron, que otra vez bajásemos al pie del monte, y a dos o tres senderos buscásemos otro paso. Nos empero atendiendo el peligro de la Fe, y deshonra de nuestra persona, no quisimos tomar este consejo, eligiendo antes en la dificultad del paso morir por la Fe, que buscando paso más fácil en alguna manera ir atrás en el negocio de la Fe.<sup>93</sup>

El desastre cristiano estaba servido, pero, fue en este momento que algunas crónicas hablan de un “milagro”:

Así Dios omnipotente, por cuya gracia espiritual se enderezaba el hecho, envió allí entonces al rey Don Alfonso de Castilla un hombre de pueblo, vil de vestido y de persona, que había andado de tiempo antes cuidando ganado en aquellas montañas y tomando conejos y liebres; y aquel pastor mostró a don Alfonso la carrera bastante ligera de todo en todo, para subir por una cuesta del costado de ese monte<sup>94</sup>.

La historia del pastor de las Navas no es contada por todas las fuentes<sup>95</sup> y por tanto, es difícil saber si el pastor existió o no, pero lo cierto es que las tropas cristianas lograron

---

<sup>92</sup> García Fitz, *Las Navas...*, p. 94-95; Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.211

<sup>93</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros” en Argote Molina, *op cit*, p. 47

<sup>94</sup> *Primera Crónica general...*, *op cit*, p. 698

<sup>95</sup> La historia no aparece en las cartas de Blanca y de Berenguela, tampoco aparece en el relato de Arnaldo

evadir la trampa del califa colocándose en el lugar conocido como la Mesa del Rey, desde donde podían descender y llegar a Santa Elena.

Al principio, los almohades creyeron que sus enemigos se retiraban, sin embargo, al ver sus tiendas en otra posición más ventajosa se volvió evidente que la estrategia de al-Nasir había fracasado.<sup>96</sup>

### ***II.3 La batalla***

La batalla de las Navas de Tolosa tuvo lugar el 16 de julio de 1212, sin embargo, los ejércitos estaban frente a frente desde el 14 de julio, cuando las tropas de Alfonso VIII, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra llegaron a la Mesa del Rey. La batalla era casi inevitable y sólo quedaba comenzar con los preparativos previos al Juicio de Dios.

#### **II.3.1 Preparativos para el juicio divino. Movimientos anteriores a la batalla y posiciones de batalla**

Una vez que el califa notó la presencia de los cruzados en la Mesa del Rey, y sabiendo que la batalla era ya una realidad, decidió mandar pequeños cuerpos de caballería ligera, principalmente beréberes, árabes y kurdos, con la intención de que sus ataques lograran atraer al ejército cristiano a presentar batalla antes de que pudieran organizarse y descansar. Los soldados cruzados, siguieron la orden de los reyes y aguantaron las provocaciones musulmanas sin cargar contra ellos. Para esto, fueron muy útiles los contingentes de ballesteros y arqueros aragoneses. El domingo 15 de julio, al-Nasir volvió a intentar lo mismo, plantó a sus tropas en posición de batalla y mandó varios cuerpos de su caballería ligera con la intención de romper la unidad cristiana y por tanto, mejorar sus posibilidades de vencerlos. Una vez más los cruzados aguantaron las provocaciones y no salieron de las proximidades del campamento en la Mesa del Rey. Los reyes y sus consejeros aprovecharon el día para observar las posiciones musulmanas. Al día siguiente, 16 de julio, los cristianos decidieron, finalmente presentar batalla sobre las

---

<sup>96</sup> García Fitz, *Las Navas*....p. 92-93

navas que se extendían entre la Mesa del Rey y el campamento almohade en Santa Elena. Después de los rezos y los rituales espirituales, el ejército se puso en formación.

Los cristianos se colocaron en la bajada de la Mesa del Rey y adoptaron una formación de tres columnas (*acies* o *azes* en la terminología de la época<sup>97</sup>), cada una dividida a su vez en tres cuerpos. Cada columna era comandada por un rey. En la derecha se colocaron el rey Sancho y sus tropas navarras, más algunos contingentes castellanos, como las milicias concejiles de Segovia, Ávila y Medina. En la columna izquierda se colocaron las tropas catalán-aragonesas. La vanguardia fue dirigida por García Romeu, la línea media se dividió en dos grupos comandados por Jimeno Cornel y Aznar Prado. En la retaguardia se colocó el rey Pedro II junto con varios de sus nobles y caballeros. Aparte de los contingentes aragoneses había tropas aportadas por algunos concejos castellanos.<sup>98</sup>

En la columna central se posicionaron la mayoría de las tropas castellanas. En la vanguardia se posicionó Diego López de Haro con sus familiares y vasallos, además de los ultramontanos. En medio estaban varios nobles, las órdenes militares y milicias concejiles, estuvieron comandados por el conde Gonzalo Nuñez y don Rodrigo Díaz de Cameros. En la retaguardia se posicionó el rey Alfonso VIII junto con varios miembros del clero, entre ellos Rodrigo Jimenez de Rada, arzobispo de Toledo, y varios nobles más, como Álvaro Núñez de Lara portador de la bandera real.<sup>99</sup>

Del otro lado del campo, los almohades se posicionaron de manera más compleja. Las alas y la vanguardia estaban compuestas por la caballería ligera árabe, berebere y kurda, estos tendrían libertad de moverse por todo el frente del ejército musulmán. Ligeramente detrás se hallaban los cuerpos de voluntarios, quienes tendrían por misión desgastar la primera carga cristiana. El cuerpo principal del ejército se colocó frente al Cerro de los Olivares, lo componían las tropas realmente almohades y andalusíes, principalmente por infantería pesada y algunos cuerpos de arqueros. Atrás de la

---

<sup>97</sup> Así son nombradas por la "Carta de Berenguela", la *Crónica de Castilla y la Estoria de España*.

<sup>98</sup> Garcia Fitz, *Las Navas...*, p. 445-452; Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.606-608

<sup>99</sup> *Ibid*

infantería se hallaba la caballería pesada andalusí y almohade, comandada por el visir Ibn Yâmi, aquí se hallaban las banderas califales y los tambores, llevados por esclavos negros.

Finalmente en el cerro de los Olivares se hallaba el palenque de “Miramolín”, la tienda del califa almohade al-Nasir, posición fortificada por medio de empalizadas y carros que se hallaba defendida por la guardia negra del califa y grupos de infantería.

### II.3.2 El desarrollo de la batalla

La batalla comenzó con el ataque de las vanguardias cristianas en la mañana. La avanzada iba dirigida por Diego López de Haro y García Romeo. Primero se lanzaron contra las tropas musulmanas de avanzada que se hallaban en el actual poblado de Miranda del Rey, en el camino tuvieron que atravesar varias elevaciones así como el barranco de Quiñones de Miranda. Una vez que alcanzaron a las tropas musulmanas, éstas rompieron la formación intentando llevar a cabo su táctica conocida por los cristianos de aquella época como “tornafuye”, que implicaba atacar a la distancia y una vez que el enemigo se acercaba huir con el fin de romper la unidad enemiga y poder tender emboscadas. Sin embargo, los grupos de caballeros, organizados por medio de *conrois*<sup>100</sup>, evitaron seguir a los jinetes musulmanes y continuaron hacia el centro de la posición islámica. De camino se encontraron con el cuerpo de voluntarios al cual superaron tras una breve pelea. La facilidad con la que pasaron estos primeros dos cuerpos de soldados musulmanes se debe a que su labor principal era desorganizar y desgastar la carga. Una vez que los cruzados superaron ambos cuerpos, llegaron al actual Llano de las Américas, enfrente del cerro de los Olivares. Ahí encontraron al cuerpo principal del ejército almohade, compuesto por infantería armada de picas, jabalinas y arcos, quienes lograron detener a la vanguardia cristiana, que por otro lado estaba muy extenuada. En este momento, para el mediodía, entraron en combate los cuerpos centrales

---

<sup>100</sup> Unidad táctica básica de los ejércitos plenomedievales occidentales, consistía en un grupo de caballeros organizados alrededor de un estandarte, que por lo general representaba las armas de un señor feudal. La unión de varios *conrios* formaba un haz.

de las tres columnas cruzadas, quienes llegaron para apoyar el ataque. Se generó una gran *melee* a las faldas del cerro entre el grueso de los dos ejércitos.<sup>101</sup>

Todo esto generó que el cuerpo central del ejército musulmán se encontrara en problemas y obligó al califa al-Nasir a enviar a la caballería pesada andalusí que mantenía como reserva, la cual cargó cuesta abajo. “Los cruzados, que luchaban cuesta arriba y habían perdido la cohesión y el vigor de los primeros momentos, encajaron con dificultad el ataque que venía de las laderas del Cerro de los Olivares”<sup>102</sup>. El arzobispo de Narbona narra:

y tocando con grande estruendo los Moros los instrumentos que los Españoles llaman *tambores*, no solo detuvieron resistiendo a los nuestros, sino que también acometieron con tal valor, que hicieron huir a los Serranos, que es cierta nación del Reino de Castilla, así a los de a caballo, como a los de a pie: y excepto algunos nobles españoles y ultramontanos, parecía casi desbaratado todo el ejército que precedía a la retaguardia; y tuvieron grandísimo miedo en sus corazones muchos de los nuestros.<sup>103</sup>

En ese momento la victoria almohade estaba cerca, sólo que, mientras el ejército del califa se hallaba completamente involucrado en la batalla, los cristianos conservaban su reserva. Los tres reyes al frente de un cuerpo de reserva cada uno, al ver la situación decidieron cargar para reforzar al ejército cristiano ya en combate. Para el comienzo de la tarde, los tres cuerpos de reserva habían llegado al Llano de las Américas y cargaron a todo galope. Los jeques almohades y andalusíes al ver los estandartes reales comenzaron a huir, decididos a no pelear hasta la muerte por un califa con el cual estaban enemistados.

104

La llegada de las reservas y la huida de sectores del ejército musulmán generaron un empuje que terminó por romper las filas del ejército califal. Al mismo tiempo, el rey de Navarra y el de Aragón, seguidos de sus respectivos soldados, comenzaron a realizar un movimiento envolvente y a subir por las laderas del cerro de los Olivares. La entrada

---

<sup>101</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.220

<sup>102</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p. 220

<sup>103</sup> “Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella”, en Argote de Molina, *op cit*, p.322

<sup>104</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.221-222

en combate de las reservas cristianas permitió que para la tarde el ejército cristiano se hallara peleando en el campamento musulmán. El palenque terminó por caer tras la huida de al-Nasir. Lo que siguió fue la persecución que llevaron a cabo los soldados cruzados y que continuó hasta la noche. Los reyes ocuparon el campamento almohade, el cual fue saqueado. La victoria cristiana fue evidente, Dios había dado su veredicto.

#### ***II.4 El fin de la campaña y la memoria de la batalla.***

Conocer el número de bajas es complicado debido a que las fuentes no dan datos muy precisos. Lo que sí se puede asegurar es que el número de muertos y heridos en el bando almohade fue importante y mayor a las sufridas por el ejército cruzado, quienes, por otro lado, debieron padecer una cantidad no pequeña de bajas, sobre todo tras el contraataque musulmán.

Tras la batalla, el ejército cruzado se mantuvo dos días en Santa Elena. Luego prosiguieron hacia los castillos de Ferral, Navas de Tolosa y Vilches, los cuales tomaron sin problemas. El 19 de julio, tres días después de la victoria, llegaron a la población de Baeza, la cual había sido abandonada por sus habitantes, quienes habían huido a la ciudad de Úbeda, la cual alcanzaron los cristianos el 20 de ese mes. Los reyes decidieron sitiarla, logrando franquear una sección de la muralla en poco tiempo. Los sitiados intentaron pagar para evitar que los cruzados la tomaran, pero ante la negativa de los prelados cristianos, los musulmanes tuvieron que rendirse, obligados a abandonar la ciudad y sus riquezas.<sup>105</sup>

La toma de Úbeda marcó el fin de la campaña de 1212. Al poco tiempo una epidemia se desató entre las victoriosas tropas, facilitada por la dificultad de mantener el envío de víveres desde Toledo. Los reyes decidieron poner fin a la campaña. Alfonso VIII, siendo consciente de las dificultades de mantener sus conquistas en el lado sur de la Sierra Morena, decidió destruir las fortalezas con lo que buscaba evitar su reocupación por parte de las fuerzas del Islam.<sup>106</sup>

---

<sup>105</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.227-228

<sup>106</sup> *Ibid*

Una vez que las victoriosas tropas regresaron a sus tierras de origen, las noticias acerca del resultado que tuvo el enfrentamiento campal comenzaron a propagarse por toda los cristianos occidentales.<sup>107</sup> El triunfo del ejército cruzado, tras todos los inconvenientes vividos, era una señal indiscutible de que Dios volvía a favorecer a la Cristiandad en general y al rey Alfonso VIII en particular. La derrota del poderoso imperio almohade y de su numerosísimo ejército (muchas fuentes contemporáneas exageran el número hasta las centenas de miles) fue una revancha del monarca castellano tras las derrotas de Alarcos y de Salvatierra. La victoria en el campo le significó ser recordado como el vencedor de las Navas, cosa que hizo patente su cancillería en varios de sus documentos hasta el día de su muerte.<sup>108</sup> Algo similar significó para Pedro II de Aragón, conocido como “el católico” por su papel en las Navas de Tolosa. Su participación le permitió entrometerse en el asunto cátaro de manera más clara y directa.

Lo sucedido en la también conocida como batalla de Úbeda quedaría inscrito en la memoria hispano-cristina como un fenómeno único de proporciones nunca antes vistas, volviéndose un hito dentro de la sociedad medieval hispana, y ejemplos no faltan. Lucas de Tuy, el autor de la *Chronicon Mundi* escribe en su texto que “sucedió esta dichosísima guerra en el lugar que se llama Navas de Tolosa, en comparación con la cual nunca hubo una guerra similar en la Hispania”<sup>109</sup>. De forma similar cuenta Francisco García Fitz en su artículo “Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?”<sup>110</sup> dos ejemplos que ilustran esto. Por un lado, cuando el rey Jaime I ordenó la expulsión de los musulmanes de Valencia, sus emisarios son citados diciendo sobre la cantidad de gente “que ni en la

---

<sup>107</sup> Se tiene noticias de 117 fuentes escritas a lo largo del siglo XIII en toda la Cristiandad europea que hacen alguna referencia a la batalla de las Navas de Tolosa. Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*, 27p.

<sup>108</sup> *Ibid*, 405-406p.

<sup>109</sup> Lucas de Tuy, *Crónica de España*, primera edición del texto romanceado, conforme a un códice de la Academia, preparada y prologada por Julio Puyol, Madrid, Real Academia de Historia, 1926, p. 415

<sup>110</sup> Francisco García Fitz, “Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?”, en VV. AA. *op cit*,, p. 47-84.

batalla de Úbeda se vio tanta gente junta entre hombres, mujeres y chicos”.<sup>111</sup> Por el otro lado, en 1264 cuando el mismo monarca consultó a sus consejeros sobre la revuelta mudéjar en Castilla, el obispo de Huesca señalaba que era un caso grave, “más aún que la batalla de Úbeda ni que otro que se diera antes en España”<sup>112</sup>.

Con el paso del tiempo, lo sucedido ese 16 de julio de 1212 comenzaría a entrar en el terreno del mito, propiciado por las reconstrucciones de fuentes posteriores que comenzaron a agregar hechos que resaltaban la gesta. En este mismo sentido podemos entender la aparición de una gran cantidad de nombres en las crónicas posteriores que hablan del evento o la adopción de las cadenas de las Navas al escudo del reino de Navarra. La existencia de un evento tan extraordinario invitaba a presumir la participación de un miembro de la familia. ¿Qué evento podía haber más piadoso, noble, honorable y caballeresco, que la victoria cristiana sobre el enemigo musulmán en una de las batallas más grandes y conocidas de todo los tiempos?<sup>113</sup>. La batalla de las Navas de Tolosa fue, pues, un asunto que trascendió la mera victoria y se convirtió en algo único y excepcional. Es desde esta mirada que hay que entender a las fuentes de la época y lo que dicen sobre la batalla.

---

<sup>111</sup> Jaime I, *Libro de los hechos*, trad. Julia Butiña, Madrid, 2003, cap. 369, p.407 *apud* Francisco García Fitz, “Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?” en VV AA, *op cit*, p.62.

<sup>112</sup> *Ibid*

<sup>113</sup> “En este deseo de gloria personal y familiar hay que buscar los orígenes de un fenómeno que no haría sino acrecentarse con el tiempo: la conversión de la batalla de Las Navas de Tolosa en un acontecimiento reportador de prestigio y de fama para los linajes que tuvieron (o quisieron tener) en ella a uno de sus miembros.” Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*, p. 238

## **Capítulo III. La creación de un lugar. Una historia del campo de batalla de las Navas de Tolosa**

Ya que hemos analizado el sitio de los enfrentamientos campales dentro de la sociedad plenomedieval, y que hemos entendido lo que fue y las características que hicieron de la batalla de las Navas de Tolosa un evento tan singular e importante para los hombres de la Península Ibérica en el siglo XIII, podemos enfocarnos en el lugar del combate. A continuación, se presenta una historia del terreno de la batalla y las relaciones que con éste establecieron tanto los que ahí estuvieron, como los que se enteraron de él posteriormente. Después habremos de analizar las representaciones que del mismo terreno existen en las fuentes peninsulares del siglo XIII, con el fin de encontrar que características se le atribuyen. Todo esto con la finalidad de responder la pregunta que planteamos en la Introducción ¿Fue el campo de batalla de Las Navas de Tolosa un lugar excepcional para los hombres peninsulares del siglo XIII?

### ***III.1 Cómo es el campo de batalla***

Actualmente, el sitio donde las tropas cruzadas se enfrentaron al ejército almohade en el verano de 1212 se encuentra dentro del Parque Natural de Despeñaperros, en la vertiente sur de la Sierra Morena. El parque tiene varios caminos por los cuales se puede practicar el senderismo, y a lo largo de estos pueden hallarse algunas esquelas que contienen información respectiva a la batalla de las Navas de Tolosa. La zona tiene un marcado aspecto boscoso, esto debido a que fue repoblada con varias especies de árboles en los años sesentas del siglo pasado. Para llegar a este lugar, uno tendría que andar desde el pueblo jienense de Santa Elena en dirección noroeste, rumbo al pueblo de Miranda del Rey. Tras poco menos de un kilómetro sobre la carretera que une ambas localidades, se llega a la parte sur del terreno en el que se dio la batalla, desde donde se puede apreciar con cierta dificultad la extensión del campo, esto debido a los árboles y a las características irregulares del terreno.

El límite norte del campo de batalla lo indica una elevación que, según las mediciones realizadas por Ambrosio Huici Miranda en su libro *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*<sup>114</sup>, domina por unos 150m. la zona adyacente. La cima tiene forma de meseta y es de una extensión de 2.5 ha. Fue aquí donde se colocó el campamento cristiano, razón por la cual lleva por nombre “la Mesa del Rey”. En la actualidad se puede encontrar en este lugar una pequeña casa de campo donde se da hospedaje y se realizan diversas actividades. De la Mesa del Rey, nos dice la *Crónica de Castilla* que fue en “la cima de una sierra, donde hallaron un gran llano, así como el pastor les dijera. Y hallaron ahí buenas aguas, gran pastura y muy buenas yerbas”<sup>115</sup>. Por su parte, la *Primera Crónica General* señala que “los sobredichos príncipes subieron y hallaron la llanura que les dijera el rey por la palabra del pastor y fueron donde a ella”<sup>116</sup>.

Desde la Mesa del Rey se puede apreciar a la izquierda un arroyo que desciende de Sierra Morena y que a lo largo de su recorrido va formando barrancos relativamente profundos. Estos barrancos limitaron la posibilidad de las tropas de ambos bandos para extenderse, por lo tanto, se puede considerar el dicho arroyo como el límite Este de la lucha campal. Del lado derecho de la meseta donde se acamparon los cristianos, actualmente se encuentra la población de Miranda del Rey, la cual en aquella época no existía, así como el cerro llamado Tío Silverio y el río de la Campana. Estos dos últimos elementos físicos dificultaron de igual manera el paso de las tropas, a causa de lo cual se puede pensar que fueron el límite oeste de la conflagración. Entre ambos puntos existe una distancia de aproximadamente 3 km.

Sobre el límite sur de la batalla, es decir donde se colocaron los musulmanes, nos dice la *Crónica de Castilla* que “mandó el Miramamolín traer su tienda y la fincó

---

<sup>114</sup> Ambrosio Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, Universidad de Granada, 2000, p. 285-287

<sup>115</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 15. Cuenta la estoria que ellos estando en este pensamiento” en *Crónica de Castilla*, Patricia Rochwert-Zuili (ed.), Paris, Universidad Paris-Sorbonne, 2010, § 56

<sup>116</sup> *Primera Crónica General...*, p.699

en derecho de la del rey de Castilla”<sup>117</sup>. La *carta de Blanca de Castilla a Blanca de Navarra* abunda en el lugar al señalar que “el rey Miramamolín estableció su tienda en una colina y ordenó sus ejércitos para la batalla”<sup>118</sup>, dicho monte era, según la *Primera Crónica General* “un monte al que se hacía grave la subida”<sup>119</sup>. Si actualmente se colocara uno sobre la meseta en la que se asentaron las tropas de los reyes cristianos y buscara un lugar con semejantes características, vería a cierta distancia una gran elevación, la cual lleva por nombre el cerro de los Olivares y que tiene una altura de aproximadamente 800 metros<sup>120</sup>. Detrás de ella se encuentra otro cerro de menor tamaño llamado de las Viñas, sin embargo, actualmente tanto Francisco García Fitz como Martín Alvira Cabrer y Manuel Gabriel López Payer, consideran al primero como el lugar del palenque de Miramamolín. En las lejanías también se puede apreciar el pueblo de Santa Elena, población que tampoco existía para la época y que en ese entonces habría sido el lugar del campamento almohade.

Para llegar desde la Mesa del rey al cerro de los Olivares se debe recorrer una distancia de entre tres y medio y cuatro kilómetros por un terreno bastante particular. Blanca de Castilla dice en su carta que “el lugar era muy accidentado”<sup>121</sup>, mientras que Alfonso VIII le escribe al Papa que había “algunas eminencias muy agrias y difíciles de subir por los bosques que había entre nuestro ejército y el suyo, y por unos barrancos muy hondos”<sup>122</sup>, a la vez que señala, un poco más adelante, que había “escuadrones que estaban en los cerros más bajos”<sup>123</sup>. Por último, la *Crónica Latina* dice de los soldados cristianos que atravesaron el terreno pasaron sin importar “ni la dificultad y lo pedregoso de los terrenos ni las concavidades de los

---

<sup>117</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 15. Cuenta la estoria que ellos estando en este pensamiento” en *Crónica de Castilla, op cit*, § 58

<sup>118</sup> “Carta de Blanca de Castilla, reina de Francia, a Blanca de Navarra, Condesa de Champagne” en Michel-Jean-Joseph Brial (ed), *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, Paris, Victor Palmé, 1840-1849, tomo 19, p.258.

<sup>119</sup> *Primera Crónica General...*, p.699

<sup>120</sup> Francisco García Fitz, *Las Navas...*, p.496

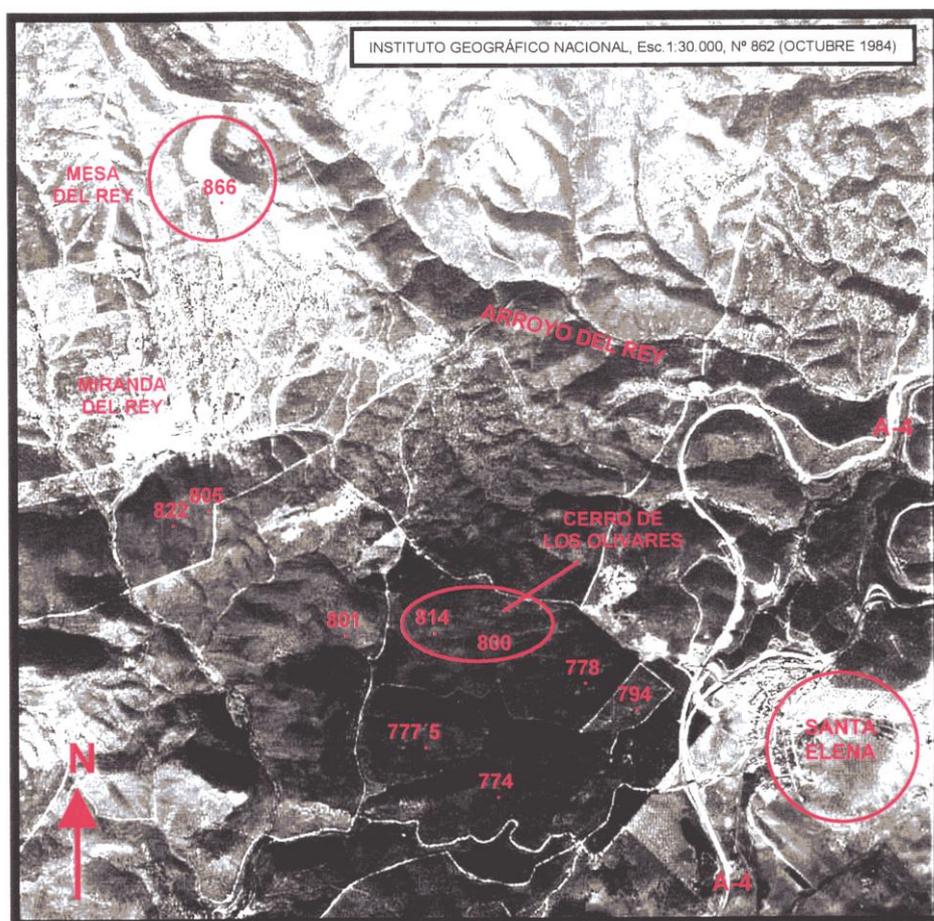
<sup>121</sup> “Carta de Blanca de Castilla, reina de Francia, a Blanca de Navarra, Condesa de Champagne”, en Michel-Jean-Joseph Brial (ed), *op cit*, 258p.

<sup>122</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.”, en Argote de Molina, *op cit*, p.315

<sup>123</sup>*Ibidem*

valles ni las escabrosidades de los montes”<sup>124</sup>. Es pues evidente que el terreno no era exactamente fácil. Ambrosio Huici Miranda señala que “los cristianos, bajando de la Mesa del Rey por una pendiente bastante difícil, tuvieron que atravesar un terreno cubierto de árboles y mucho monte bajo.”<sup>125</sup> Por otro lado, Martín Alvira Cabrer dice acerca del espacio que separaba a los dos ejércitos:

“Entre estas dos elevaciones discurren, ondulantes y ásperas, las Navas de Tolosa, un terreno llano, bajo, despejado de árboles y entre montes (esto son unas navas) cortado por numerosos barrancos y ondulaciones. La pendiente desciende desde la Mesa del Rey para ascender luego hacia Santa Elena [ascenso más marcado en la zona del cerro de Los Olivares]”<sup>126</sup>



127

<sup>124</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*, Luís Charlo Brea (ed.), Madrid, Akal, 1999, p.53

<sup>125</sup> Huici Miranda, *op cit*, p.271

<sup>126</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*, 178p.

<sup>127</sup> Imagen tomada de Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p.604

Fue en esta área casi rectangular que se enfrentaron las huestes del califa almohade y de los tres reyes cristianos, saldándose con la victoria para los creyentes en Cristo y con las consecuencias ya mencionadas. Pero ¿por qué sucedió la batalla en ese lugar y no el otro?

### III.1.1 ¿Por qué sucedió la batalla en ese lugar?<sup>128</sup>

Que la batalla más grande entre el Imperio almohade y el reino de Castilla, con sus aliados, haya sucedido a faldas de Sierra Morena se explica viendo el mapa político de la Península Ibérica durante el siglo XII. Lo que observaríamos en él, es que para el ese siglo, Sierra Morena se convirtió en la frontera natural entre el norte castellano y el sur andalusí y por tanto, en una zona constantemente disputada, por donde igual pasaban cabalgadas cristianas que cabalgadas musulmanas, las cuales atravesaban la sierra por ciertos pasos de montaña. Fue por uno de esos pasos, el paso de Despeñaperros, que el ejército cruzado intentó atravesar la sierra para enfrentar a al-Nasir. Sabiendo esto, el califa mandó a algunas de sus tropas a resguardar ese camino con la intención de frenarlos. Ante esto los caudillos cristianos podían intentar bajar por ahí sabiendo que pelearían en un terreno que, como le escribe el rey Alfonso VIII al Papa, “mil hombres podían defenderle contra cuantos hay debajo del cielo.”<sup>129</sup>

El problema no era menor. La elección de un lugar adecuado para combatir ha sido una de las principales preocupaciones para cualquier comandante militar, y los hombres de la Plena Edad Media no fueron la excepción. Al respecto nos dice Verbruggen:

La elección del terreno más favorable para la batalla fue un asunto naturalmente importante para un comandante medieval. El comandante tenía que considerar las

---

<sup>128</sup> En la entrada fechada el 23 de junio de 2012 referente a la batalla de las Navas de Tolosa del blog *Conocer Jaén* se pueden encontrar una gran cantidad de fotografías que ilustran de manera clara cómo fue el camino de los cristianos hacia la batalla (<http://rutasimprescindibles.blogspot.mx/2012/06/la-batalla-de-las-navas-de-tolosa.html>)

<sup>129</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.”, en Argote de Molina, *op cit*, p.313

características de la tierra y la composición de su ejército, ya que un lugar podría ser ideal para la caballería, pero resultar inconveniente para los soldados de a pie, o viceversa<sup>130</sup>

Esta afirmación se ve ratificada en *Las Siete Partidas*, las cuales, si bien fueron escritas durante el reinado de Alfonso X, demuestran un conocimiento del cual muy probablemente eran partícipes Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra y sus consejeros. En la 2ª Partida, se dedica una ley completa a la obligación que tiene el caudillo respecto a la utilización del espacio para su ventaja, ya sea para nulificar la supremacía numérica del enemigo “será mejor que observe algún lugar en que les pueda hacer daño, así la gravedumbre del lugar sea igual a la muchedumbre de ellos”<sup>131</sup>, o para nulificar el tipo de soldados que tenga “porque así como los peones tienen mejoría de los caballeros en las sierras y por los graves pasos, así la tienen los peones de los caballeros en el llano por los caballos, por las armas que han de mejorar y por el lugar que no es embarazoso”<sup>132</sup>.

Debido a todo esto, el descubrimiento de una ruta por medio de la cual, en palabras de los autores de la *Primera Crónica General*, “pudiéramos venir al lugar conveniente a la batalla”<sup>133</sup> fue visto, por la mayoría de las fuentes de la época, como un milagro (milagro que analizaremos más adelante). Por el momento señalemos la importancia que le concedieron los monarcas Alfonso VIII, Pedro II y Sancho VII y sus consejeros a la elección de un terreno donde se pudiera luchar la batalla de mejor manera.

Una vez llegados y asentados en la Mesa del Rey, los reyes decidieron evitar caer en las provocaciones de los almohades, los cuales intentaron atraerlos al combate. Preferían descansar y observar como el enemigo se organizaba, para así organizar su propio parado táctico en función del contrario y del campo en el que habrían de enfrentarse.

---

<sup>130</sup>J.F. Verbruggen, *op cit*, p.204

<sup>131</sup>Ley VII, Título XXIII, 2ª Partida en *Las Siete Partidas*, *op cit*, volumen II, p.243

<sup>132</sup> *Ibidem*

<sup>133</sup> *Primera Crónica General*, p.698

### III.1.2 El terreno y su influencia en el desarrollo de la batalla.

Llegado el lunes 16 de julio, las tropas de ambos bandos se posicionaron en el campo, adaptándose al espacio en el que tendrían que combatir. Al-Nasir decidió adoptar una posición que claramente estaba influida por las características del terreno, al colocar su pabellón en la cima del cerro de los Olivares. A partir de este punto fue que organizó su formación. Las tropas almohades y andalusíes, el cuerpo principal, las colocó sobre la pendiente del cerro, con la intención de aprovechar la inercia que generaría una carga hacia abajo. Más adelante, colocó a los voluntarios y la caballería ligera árabe, con la intención de que rompieran o debilitaran las cargas cristianas. La reserva, conformada por un grupo selecto de caballería pesada almohade y los guardias negros, se quedó en la cima del Cerro de los Olivares. A decir del historiador Martín Alvira Cabrer, las razones de este orden fueron

la accidentada topografía del campo de batalla, favorable al establecimiento de un punto estratégico como soporte de todo el ejército, otra, el potencial de los cristianos, inusualmente numeroso y superior en caballería pesada a los musulmanes. Un tercer motivo, verosímil a la luz de las fuentes musulmanas, es el conocimiento por parte del califa del intenso malestar contra su persona [dentro del ejército califal].<sup>134</sup>

Por parte de los cristianos, el orden de batalla también tuvo que ser adaptado en función del terreno. Como en el capítulo anterior mencioné, entre las tres columnas del ejército, los reyes mezclaron a las milicias de diferentes ciudades, es decir, tropas de infantería en su mayoría. La existencia de infantes mezclados, apreciable cuando Blanca de Castilla dice en la epístola que le manda a su hermana que “en el primer choque murieron alrededor de 40 cristianos de infantería”<sup>135</sup> podría explicarse por la necesidad de mantener un punto de apoyo para la caballería pesada, sobretudo en un terreno que si bien parecía llano, también incluía partes irregulares.

---

<sup>134</sup> Martín Alvira Cabrer, *Guerra e ideología...*, p. 219

<sup>135</sup> “Carta de Blanca de Castilla, reina de Francia, a Blanca de Navarra, Condesa de Champagne”, en Michel-Jean-Joseph Brial (ed), *op cit*, volumen 19, p.258

Tras el comienzo del combate, el terreno continuó jugando un papel influyente. Tendríamos que imaginar lo que pasó ese día. Los soldados cristianos tenían que atravesar casi 4 kilómetros, al galope o a pie, por un terreno un tanto irregular, que primero descendía para luego volver a ascender, bajo el peso de la armadura y con el calor de un día de verano. La vanguardia cristiana bajo el mando de Diego López de Haro y García Romeo (desconocemos el que comandaba el ala Navarra) tuvo que, además, lidiar de camino con la caballería árabe y con los voluntarios quienes se hallaban de camino al cerro de los Olivares. Por todo esto, dice la *Primera Crónica General*: “Los agarenos, aguantando casi sin moverse del lugar, comenzaron a rechazar a los primeros de los nuestros que *subían por lugares bastante desventajosos para el combate, y en estos choques algunos de nuestros combatientes, agotados por la dificultad de la subida, se demoraron un rato.*”<sup>136</sup> Por su parte Blanca de Castilla señala que los cruzados “no podían fácilmente acercarse a ellos”<sup>137</sup>.

Una vez atravesado la mayoría del campo de batalla y llegados a la base del cerro, la vanguardia fue detenida por el impulso de las tropas del cuerpo central musulmán, las cuales con todo y tambores, se lanzan de bajada. Es en este mismo punto que llegan las medianías cristianas. Aquí empieza un gran combate en el que el espacio también influye, “se atacan, se lucha por doquier cuerpo a cuerpo con lanzas, espadas y mazas y no hay lugar para saeteros”<sup>138</sup>, los “árabes, dañinos para los bisoños por su rapidez y la presteza de sus lanzas, y que no sólo atacan mientras huyen sino que en su huida se revuelven con violencia; mas en la llanura, donde no hay estrechez que impida el movimiento, resultan más dañinos”<sup>139</sup>. Mientras la batalla arremataba, la principal táctica de los jinetes árabes, atacar y huir, se vio impedida por el poco espacio que hubo para moverse.

---

<sup>136</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.321 (cursivas mías)

<sup>137</sup> “Carta de Blanca de Castilla, reina de Francia, a Blanca de Navarra, Condesa de Champagne”, en Michel-Jean-Joseph Brial (ed), *op cit*, volumen XIX, p.258

<sup>138</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*, *op cit*, p.53

<sup>139</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.320-321

Para el mediodía, la suerte parecía dejar a los cruzados, y en esto tiene mucho que ver el terreno. Tras llegar la vanguardia y las medianeras a la base del cerro de los Olivares, y después de haber atravesado 4 kilómetros, el continuo enfrentamiento con el cuerpo principal almohade en su intento por subir, genera un desgaste muy intenso en la ofensiva. Fue en este momento que al-Nasir envió a su reserva, fresca y descansada, para cargar aprovechando la pendiente. El ataque genera que las líneas cristianas comiencen a resquebrajarse. Para empeorar el escenario, la *Crónica de Castilla* dice que, "el polvo era tan grande que subía sobre las sierras y tornaba toda la tierra en polvo, y era tan grande que oscurecía el aire"<sup>140</sup>. Y aunque quizás no llegara a oscurecer el aire, cierto es que, por la zona y la temporada del año, el polvo haya incrementado la confusión generada por el mismo combate y los movimientos de tropas.

Es en este momento que se da el diálogo entre el rey Alfonso VIII y el arzobispo que recogen algunas de las fuentes. También en este momento es que, nos cuenta el arzobispo de Narbona, algunos prelados comienzan a recorrer la tropa para evitar que huyan. Lo desesperado de la situación es evidente, los cristianos estaban cerca de la derrota y esto se explica, en gran parte, por las características físicas del sitio donde tuvo lugar la pelea.

De forma paralela, nos cuenta Bernat Desclot un suceso muy interesante y que ninguna de las otras fuentes relata. Según el cronista catalán, el rey Pedro II ordenó a un grupo de sus jinetes que cabalgaran "toda la noche hasta que estuvieran cerca de las tiendas de Miramamolín, que está en la retaguardia, y con sus hombres colócate en emboscada de tal manera que los sarracenos no pudieran verlo"<sup>141</sup> Ahí tendrían que esperar hasta que, en la parte más fuerte del combate, "yo [Pedro II] te haré una señal desde aquella elevación y ustedes deberán apurarse de manera directa a salir de su escondite agitando tus estandartes y, así, atacar su retaguardia

---

<sup>140</sup> "VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 18. Dize la estoria que desde las azes fueron paradas" en *Crónica de Castilla*, *op cit*, § 68

<sup>141</sup> Bernard Desclot, *Chronicle of the reign of King Pedro III of Aragon*, , Princeton, Princeton University, 1928-1934, volumen I, p.34

furiosamente”<sup>142</sup>. Esto fue hecho por el grupo de caballeros, quienes “montaron sus caballos y anduvieron toda la noche a un paso expedito, siguiendo a unos guías que conocían los caminos, hasta que, al amanecer, se hallaban detrás de una colina cercana a las tiendas de Miramamolín”<sup>143</sup>. Desclot, quien sacó información de un poema catalán y de fuentes musulmanas de Valencia, señala que la aparición de estos caballeros en la retaguardia almohade logró ponerlos en retirada. Si bien el relato esconde una clara intención propagandística en favor de la Corona de Aragón, no podemos descartar que las tropas aragonesas, quienes debían atacar del lado del Arroyo del Rey, por un “lugar estrecho, que no había por donde extenderse”<sup>144</sup>, parecieran llegar por sorpresa hasta el cerro de los Olivares.

Sea como haya sido, la batalla terminó teniendo un final feliz para Alfonso VIII después de que las retaguardias comandadas por él y los otros dos reyes cristianos llegaran al frente de la batalla a tiempo para darle un nuevo empuje al avance cristiano. El califa almohade y sus huestes comenzaron a huir, al ver la carga que se dirigía contra el palenque desde tres lados distintos. Es pues evidente que el terreno tuvo una influencia destacada dentro en el desarrollo de la batalla. Sin él no se podría explicar de manera completa cómo fue sucediendo el enfrentamiento.

### ***III. 2 El terreno tras la batalla. Apropiamiento y Commemoraciones.***

Con la huida de al-Nasir y la consecuente derrota del ejército mahometano, comenzó la persecución de los vencidos, la cual se extendió hasta el anochecer. Ya para la noche el ejército cristiano estaba acampando en el lugar del campamento musulmán, probablemente debido a la gran cantidad de cadáveres sobre el campo de batalla<sup>145</sup>. Rodrigo Jimenez de Rada narra los momentos posteriores a la batalla:

---

<sup>142</sup> *Ibidem*

<sup>143</sup> *Ibidem*

<sup>144</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 16. Cuenta la estoria que otro día lunes” en *Crónica de Castilla, op cit*, § 64

<sup>145</sup> Al respecto dice la *Primera Crónica General*: “el campo de la batalla tan lleno se hallaba de moros muertos y tanta era ahí su mortandad que aún yéndonos en buenos caballos, apenas podíamos pasar sobre sus cuerpos.” p.702

Y así, una vez concluido felizmente todo esto, nos sentamos cansados en las tiendas de los agarenos poco antes de la puesta del sol, aunque bastante confortados por la alegría de la victoria, y nadie de los nuestros regresó a nuestro campamento salvo los servidores que fueron a traer el equipaje. Hubo tal cantidad de árabes en el campo que apenas si pudimos ocupar la mitad de su extensión [...] y así, exhaustos, permanecimos en aquel lugar ese día y el siguiente<sup>146</sup>

De la información que nos proporcionan las fuentes consultadas, sólo podemos concluir que los dos días que el ejército permaneció acampado cerca del terreno del enfrentamiento fueron utilizados para descansar, así como conseguir y repartir el botín dejado por los musulmanes. Sin embargo, la información obtenida de estudios actuales, como el del historiador inglés Ian Atherton, nos hace creer que una parte del tiempo que permanecieron en la zona tuvo que ser ocupado en el entierro o la recuperación de los cadáveres de los soldados caídos en la lucha.

Ian Atherton en su artículo sobre la conmemoración de los campos de batalla en Inglaterra, señala que una tradición observable durante la Plena y la Baja Edad Media, al menos en lo que a las Islas se refiere, era el enterrar los cadáveres de los muertos en combate. “Desde el siglo once parecería que a aquellos que compartían una misma cultura [aunque no fueran de su mismo bando] se les ofrecía, de manera rutinaria, un enterramiento digno, siendo el campo de batalla sin despejar más una característica más común y lúgubre de la Alta Edad Media”<sup>147</sup>, en el mismo sentido se expresa Martín Alvira Cabrer cuando señala que “por razones morales y de salubridad, era habitual enterrar a los muertos en el campo de batalla”<sup>148</sup>. Por lo expuesto es muy probable que también se haya ocupado el tiempo que permanecieron ahí acampados para enterrar a muchos de los caídos, aunque sería conveniente hacer una revisión detallada de las fuentes medievales en el ámbito peninsular.

---

<sup>146</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.324

<sup>147</sup> I. Atherton y P. Morgan, “The battlefield war memorial: Commemoration and the battlefield site from the Middle Ages to the modern era”, *Journal of War and Culture Studies*, 4-3 (2011), p.294

<sup>148</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*, p. 184

Sin embargo, Atherton abunda en el asunto de los muertos en combate y señala que no todos los muertos en combate eran enterrados ahí mismo, más bien “los cementerios de los campos de batalla fueron, muy posiblemente, principalmente lugares de descanso de los sin nombre y los derrotados”<sup>149</sup>. Hecho que se puede constatar al acercarse a los testamentos de algunos caballeros provenientes de Aragón que participaron en la campaña. Miguel Dolan Gómez encontró datos interesantes en la revisión que hizo de ellos. Lo que notamos es que los testamentos y prototestamentos escritos por nobles aragoneses de diversos rangos, señalan el lugar en que deben ser enterrados, es decir, su cuerpo debía ser recuperado y llevado a un sitio designado por el interesado.

Como ejemplo encontramos el testamento de García Romeo, encargado de dirigir la vanguardia aragonesa en la batalla. En su testamento señala que “si yo muriese por este conflicto dentro del reino de Aragón, que me entierren en Zaragoza en la casa del Hospital. Y si se diera el caso que yo muriera por este conflicto fuera del Reino de Aragón, yo comando que me entierren en la casa del Hospital en cualquier lugar distante que la batalla tenga lugar”<sup>150</sup>. Se puede suponer que parte de esta actitud procede de la tendencia de los estamentos nobles a buscar el reconocimiento social, cosa que difícilmente podría ser conseguida en el anonimato que implicaba ser enterrado en el terreno del combate. Era esencial que los escuderos y pajes de los nobles o miembros de las órdenes militares buscaran el cuerpo de su señor tras la batalla.

Tras pasar dos días cerca del campo, el ejército cruzado continuó su camino hacia el Sur y es muy posible que, tras la toma de Úbeda, regresaran por el mismo camino, debido a que el Paso del Muradal era el camino más directo para pasar del valle del Guadalquivir a Toledo, sin embargo, ninguna de las fuentes menciona algo acerca de un regreso al campo de batalla, tampoco se menciona alguna iniciativa por parte de los monarcas en lo que respecta al terreno del combate, lo cual llama la

---

<sup>149</sup> I. Atherton y P. Morgan, *op cit*, p.294

<sup>150</sup> Miguel Gomez Dolan, *The Battle of Las Navas de Tolosa: The Culture and Practice of Crusading in Medieval Iberia*, Tesis doctoral, Universidad de Tennessee, Knoxville, 2011, p.189

atención debido a que durante la Edad Media era una costumbre fundar templos cerca del lugar de un choque campal, como lo demuestran los casos de las abadías fundadas en el lugar de batallas como Hastings, Bouvines, Shrewsbury o Aljubarrota. Estas construcciones tenían la doble función de por un lado dar a los cristianos caídos un lugar santo en el que descansaran sus cuerpos, permitiéndoles estar en campo santo, y por el otro servir al vencedor como un recordatorio físico e *in situ* de la victoria que habían conseguido, en pocas palabras, eran una forma de apropiarse de la memoria de ese hecho mediante el dominio del espacio donde había tenido lugar el combate.

Los historiadores Francisco de Bilches y Martín de Ximena, después de investigar en documentos y en tradiciones orales, escribieron en el siglo XVII<sup>151</sup> que tras la batalla, el rey siguiendo las recomendaciones de algunos eclesiásticos, ordenó la construcción de un pequeño templo, sin embargo, la muerte de este en 1214 terminó retrasando cualquier proyecto de ese tipo. También señalan que no fue hasta el reinado de Fernando III, alrededor de 1227, que se fundó una pequeña iglesia en aquel sitio con el nombre de Santa Cruz debido a lo sucedido al portador de la cruz del arzobispo de Toledo, quien atravesó ileso las líneas almohades durante la batalla de manera milagrosa.

Si bien es posible que Alfonso VIII haya considerado la construcción de una iglesia, su muerte en 1214, así como el endeble control que el reino de Castilla ejercía sobre el lado sur de la Sierra Morena tras la batalla, podrían haber evitado la puesta en práctica de ese proyecto. Y por consiguiente las conquistas de Fernando III al sur de la Sierra Morena hubieran permitido un control efectivo de la zona. Desafortunadamente, la primera mención que el historiador Martín Alvira Cabrer ha encontrado sobre la dicha ermita, es la que aparece en una carta de 1447 que dirige la ciudad de Baeza al rey Enrique IV. A causa de esto, no es posible dar una fecha exacta en que la ermita, que se halla en el actual poblado de Santa Elena, haya

---

<sup>151</sup> Bilches, *Santos*, parte I, cap. XXXIX, p. 114-115 y Ximena *Catalogo de los Obispos de las Iglesias-Catedrales de la diócesis de Jaen y Anales Eclesiasticos de este Obispado*, apud, Martín Alvira Cabrer, *Las Navas*, p.183

sido edificada. Algo similar pasa con las llamadas Casas de los Palacios, pequeñas estancias reales construidas cerca de la ermita y del sitio de la batalla, de las cuales se desconoce la fecha exacta de su construcción.

Aunque es imposible asegurar que las dos edificaciones fueron construidas por orden de Alfonso VIII, es un hecho que ambas estructuras ya existían para principios del siglo XV y que su construcción respondía a una intención de conmemorar la batalla y apropiarse del terreno donde esta tuvo lugar.

La primera información que nos refiere a una utilización y apropiación del espacio del enfrentamiento es una ceremonia llevada a cabo por Fernando III en 1225. En una tesis publicada en el año 2011 Miguel Dolan Gómez narra la ceremonia en la que al-Bayyasi, señor de Baeza, se convierte en vasallo del rey Fernando III. El evento llevado a cabo en Junio de 1225 fue realizado en el mismo lugar donde el padre del entonces rey castellano había derrotado a las tropas del califa almohade. La escena debió haber sido muy potente para los ahí presentes. Según Miguel Dolan,

la elección del lugar de encuentro debió haber sido intencional. En los 13 años posteriores a la batalla de las Navas de Tolosa, la región había sido un territorio fronterizo sin dueño. [...]El acto simbólico de sellar su alianza con al-Bayyasi en el sitio de la gran batalla aseguraba que no hubiera errores acerca de las relaciones de poder ahí establecidas<sup>152</sup>

Por su parte, la *Crónica de Castilla* menciona que tiempo después de esto, “en el mes de marzo, sacó el rey don Fernando su hueste muy grande, e movió de Toledo a las Navas de Tolosa, e llegó luego a él el rey de Baeza Abén Mahomat, su vasallo.”<sup>153</sup> Parecería que Fernando III le dio una importancia particular al sitio.

Todo lo anterior parecería demostrar que las navas, que actualmente se encuentran cerca del pueblo de Santa Elena, no dejaron de tener un papel destacado en los años posteriores al suceso, para de la sociedad hispana, o por lo menos para

---

<sup>152</sup> Miguel Dolan Gomez, *op cit*, p.209

<sup>153</sup> “X. Fernando III de Castilla, Alfonso IX de León. 9. Cuenta la estoria que en el mes de março” en *Crónica de Castilla, op cit*, § 28

los miembros de la Corona castellana. Desafortunadamente la actual falta de información al respecto impide llevar a cabo un estudio más detallado y preciso del uso que tuvo el terreno de la refriega para esa sociedad. Lo que si podemos estudiar son las representaciones que algunas personas de la península ibérica del siglo XIII plasmaron en sus textos y así observar con qué características significaron y reconstruyeron el espacio donde tuvo la batalla.

### ***III.3 Las representaciones sobre el campo de batalla de las Navas de Tolosa***

Además de la información que nos transmiten las fuentes sobre lo que sucedió ese lunes de julio de 1212, las mismas también nos permiten, tras una lectura detallada y paciente, recrear una manera particular de ver y entender el mundo. En este caso las crónicas y cartas que aquí hemos utilizado permiten reconstruir una forma de darle significado al espacio en donde aconteció el combate ya analizado anteriormente. A continuación presento cuatro características que he encontrado en los relatos del enfrentamiento y que nos remiten a un lugar representado con ciertas características y que a la larga nos servirán para definir si el campo de batalla fue un lugar excepcional.

#### **III.3.1 El campo de batalla como un lugar aparte.**

Lo primero que nos encontramos tras la relectura de los textos es la idea de que el campo de batalla, al igual que la batalla que ahí se desarrolla, es algo aparte y diferenciado, es decir, las fuentes continuamente dejan en claro que el lugar donde combatieron ambos bandos está claramente separado de otro tipo de sitios. Esto es evidente a través de dos elementos; lo que hace el ejército cristiano antes de que inicie la batalla y algunas palabras que utilizan las fuentes.

En la *Primera Crónica General* encontramos el siguiente pasaje referente a las horas previas al choque campal:

Cerca de la media noche, se levanto voz de Nuestro Señor Dios de exaltamiento y de confesión, que sonó por todas las tiendas de los cristianos y esa noche hubo llamado por voz como de pregonero. Que se levantasen todos en nombre de Dios, y que se armasen para la batalla. Por lo cual, andando honrados y preparados como para aquel oficio por cierto los maestros de la pasión del Señor, se confesaron todos, y tomado el consagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, todos se prepararon con todo y sus armas, como era menester. Y salieron a la batalla.<sup>154</sup>

El pasaje citado describe el ritual que llevaron a cabo las tropas cristianas antes de que empezara la batalla y por tanto, antes de descender de la Mesa del Rey y llegar al terreno donde tendría lugar la batalla. Como esta narración, es posible encontrar otras similares en cuatro crónicas más<sup>155</sup>, siendo el *Chronicon Mundi* la única crónica aquí analizada, que no contiene algo así. Las cartas aquí revisadas no incluyen ninguna descripción parecida, lo cual se podría explicar por lo breve de los mensajes y la importancia por informar de la victoria así como de las hazañas ahí sucedidas. Quizás la única carta que llame la atención por su falta de un apartado dedicado a este ritual es la escrita por Arnaldo de Narbona, quien en su calidad de clérigo sería más sensible a este tipo de eventos de corte religioso.

El ritual descrito por las cinco crónicas es muy parecido. En términos generales incluye la confesión de los pecados, la comunión y la celebración de una

---

<sup>154</sup> *Primera Crónica General...*, p.700

<sup>155</sup> Rodrigo Jiménez de Rada escribió “Alrededor de la medianoche del día siguiente [lunes] estallo el grito de júbilo y de la confesión en las tiendas cristianas y la voz del pregonero ordenó que todos se aprestaran para el combate del Señor. Y así, celebrados los misterios de la Pasión del Señor y hecha confesión, recibidos los sacramentos, tomadas las armas, salieron a la batalla campal”, en Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.319

La *Crónica Latina* señala que: “Se levantan, pues, los cristianos después de la media noche en la hora en que Cristo, a quien daban culto, se levantó vencedor de la muerte y, tras la celebración solemne de la Misa, recreados con los vivificantes sacramentos del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, nuestro Dios, y fortalecidos con el signo de la Cruz, toman rápidamente las armas bélicas y corren gozosos a la batalla como invitados a un banquete”, en *Crónica Latina*, *op cit*, p.53

Bernat Desclot señala que: “Después que la hueste de cristianos estaba armada, lista, y que cada hombre se hubiese confesado y arrepentido de sus pecados, y que los obispos y prelados de la Santa Iglesia los hubiese absolvido de todas sus ofensas y cuando ya estaba formada la hueste para la batalla, cabalgaron hacia delante hasta que estuvieron cerca del ejército de los sarracenos” en Bernat Desclot, *op cit*, p.35

La *Crónica de Castilla* dice: “cuenta la historia que otro día lunes, fue el pregón echado desde la medianoche bajando por toda la hueste de los cristianos, que de gran manera se armasen para la batalla. Y al alba del día, los prelados dijeron sus misas y comulgaron todos los que quisieron tomar el cuerpo de Dios. Y así, antes de que el sol saliese, fueron armados todos y salieron al campo.”, “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 16. Cuenta la estoria que otro día lunes”, en *Crónica de Castilla*, *op cit*, § 60

misa. La principal función de dichas acciones era la obtención del favor divino en los momentos antes de que comenzara la batalla, puesto que como ya se mencionó, al ser el combate un juicio divino sólo Dios podía decidir el vencedor y el vencido. Estos rituales, suficientemente bien analizados en las obras de Martín Alvira Cabrer<sup>156</sup>, Georges Duby<sup>157</sup> y David Steward Bachrach<sup>158</sup>, también debieron servir para fortalecer el ánimo y la moral de los soldados, quienes ante el temor a las heridas y la muerte buscaban en lo sagrado un modo de tranquilizar sus miedos. La celebración de estos actos fue, como nos dice Verbruggen, algo extendido por toda el Occidente plenomedieval. “La misa era celebrada prácticamente antes de cada batalla, con la confesión y la comunión llevadas a cabo de antemano. Esto sucedió en Thielt, Courtai, Mon-en-Pévelè.”<sup>159</sup>

Además de la importancia para la moral, estos rituales resultan interesantes debido a que también revelan una forma de entender el espacio en que ocurrió el enfrentamiento. Las cinco narraciones dejan entrever que estos rituales sucedieron en el campamento y tras haber sido realizados, el ejército cristiano procedió a la ocupación del campo de batalla. Se podría entender como un ritual previo a la entrada a un espacio determinado y por tanto, el sitio que se ocuparía posteriormente estaría efectivamente diferenciado y particularizado. Llama la atención que en ningún otra parte de los relatos sobre la campaña de 1212, se mencione un ritual similar.

Esta característica que las fuentes otorgan al lugar de la batalla, al hacer eco de los ritos previos a esta, se ve fortalecida por medio del lenguaje con el que describen su comienzo, ya que hay palabras usadas por los autores que revelan cierta acotación y separación del lugar de la batalla.

---

<sup>156</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*

<sup>157</sup> Georges Duby, *op cit.*

<sup>158</sup> David Steward Bachrach, *Religion and the Conduct of War, C. 300-1215*, Woodbridge, Suffolk, Rochester, NY, Boydell Press, 2003, 216p.

<sup>159</sup> J.F. Verbruggen, *op cit*, p.58-59

En la carta que el Rey Alfonso escribe al Papa Inocencio III, escrita poco tiempo después del evento bélico, encontramos un primer detalle que llama la atención. Al narrar el inicio de la batalla, la misiva dice “el día siguiente lunes *partimos* todos en el nombre de Dios puestos con armas en orden de batalla.”<sup>160</sup> Resalto “*partimos*” puesto que aquí refleja una situación importante. Aquí el rey Alfonso, o en su defecto el escriba, está señalando que para iniciar el combate hubieron de dejar un lugar, en este caso el campamento, para llegar a otro lugar en el que llegar a la batalla. También pareciera que el ejército ya se hallaba formado desde el campamento.

En la misma carta, más adelante, encontramos esto: “viendo nosotros que no podían ya de ninguna suerte resistir este choque, *partimos* a rienda suelta”<sup>161</sup>. Aquí el rey señala que el pareciera no estar en el campo de la batalla y por tanto, quizás siguiera en el campamento. De cualquier manera, me parece claro que se hace una diferencia entre el campamento y el lugar de la batalla.

Por las mismas fechas, el arzobispo de Narbona escribe al Capítulo del Cister y señala en una parte de su escrito que los soldados deben la victoria “a su cruz [de Jesucristo], a quien habían ellos [los musulmanes] hecho ultraje, y que llevaban los nuestros sobre el pecho, para que fuesen, como dice el Apóstol, llevando su deshonor *fuera del campo*, con el cual vencieron después sin duda alguna los nuestros.”<sup>162</sup> El campo tiene límites, es decir, aunque no se mencionen y que, quizás ni siquiera los pudiera ubicar el arzobispo, existía un límite que permitía diferenciar un dentro y un fuera<sup>163</sup>.

En orden cronológico, el siguiente grupo de fuentes, escritas tras algunos lustros de acontecida la refriega, siguen demostrándonos una conciencia hacia la que

---

<sup>160</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.”, *op cit*, p.315

<sup>161</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.”, en Argote de Molina, *op cit*, p.315

<sup>162</sup> “Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella” en *ibid*, p.322

<sup>163</sup> Ambas cartas, la escrita por el rey y la escrita por el arzobispo de Narbona, señalan casi al final de su relato una diferencia clara entre los muertos en la batalla y los muertos durante la persecución, estos ya fuera del sitio del enfrentamiento.

podríamos llamar característica de lugar que tiene el campo de batalla<sup>164</sup>. La *Crónica Latina* cuando habla de lo sucedido tras la retirada de los franceses, dice que los reyes mandaron que “tanto los nobles como los plebeyos *salieran armados al campo* como si ya tuvieran que luchar contra los enemigos.”<sup>165</sup> Otra vez encontramos la situación de dejar un lugar para ocupar otro. Y esto lo repite cuando habla del domingo 15 de julio, “los moros *salen al campo* preparados para luchar”<sup>166</sup>.

En este mismo sentido se expresa Rodrigo Jiménez de Rada. Al ver Miramamolín que los cristianos se establecían en la Mesa del Rey, “salió aquel mismo día a campo abierto”<sup>167</sup>. Y el día de la batalla, “celebrados los misterios de la Pasión del Señor y hecha confesión, recibidos los sacramentos, tomadas las armas, *salieron a la batalla campal*”<sup>168</sup>. Aquí daría más la impresión de que el lugar de la batalla es uno abierto.

Al final de nuestro recorrido cronológico encontramos otras dos fuentes de finales del siglo XIII, sin embargo aquí hallamos un cambio interesante. La *Crónica de Castilla* señala que la noche anterior al conflicto “los otros preladados andaban por la hueste predicando y otorgando el perdón a todos aquellos que de buen corazón *entrasen en aquella batalla*. Y mandaron que comulgasen y se prepararan para otro día lunes como *entrasen en la batalla*”<sup>169</sup>. Algo similar hacen decir los autores de la crónica al hijo de Diego Lopez de Haro, quien antes de la batalla le dice a su padre: “Señor padre, vos serás esperado por mi como nunca lo fue padre por hijo. En el nombre de Dios *entremos a la batalla*.”<sup>170</sup> Aquí se habla de que la batalla tiene un acceso y que se puede diferenciar lo que está adentro de lo que está fuera. Los límites no son descritos, sin embargo, existen y delimitan un espacio donde tiene lugar la batalla.

---

<sup>164</sup> Característica de lugar en tanto a que es entendido como un elemento único, diferenciado y con límites que lo separan de lo demás

<sup>165</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla, op cit*, p.51

<sup>166</sup> *Ibid*, p.52

<sup>167</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.318

<sup>168</sup> *Ibid*, p.319

<sup>169</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 15. Cuenta la estoria que ellos estando en este pensamiento” en *Crónica de Castilla, op cit*, § 59.

<sup>170</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 16. Cuenta la estoria que otro día lunes” en *ibid*, § 62

Más adelante, la misma crónica señala que para evitar la huida de sus tropas, Miramamolín comenzó a decirles que él “por ninguna manera saldría del campo”<sup>171</sup>. Es evidente que el terreno de la batalla se convirtió en un lugar por si mismo

De la misma época, encontramos en la *Primera Crónica General* situaciones similares. Tras la retirada de los franceses, los reyes ordenaron que “se armase toda la hueste y ordenasen todas sus cosas, como si fuesen a entrar luego en la batalla; y así lo hicieron”<sup>172</sup>. Ya en la narración de la batalla encontramos que un pasaje en el que, tras la llegada del rey castellano que hizo los musulmanes comenzaran a huir, el hermano del califa le dijese que “se saliese de la batalla y se fuese”.<sup>173</sup>

Todo lo anterior podría tener relación con los límites físicos tan marcados del campo donde tuvo lugar el choque, es decir, la Mesa del Rey, los barrancos y el cerro de los Olivares, sin embargo, también nos revela, de manera mucho más clara en las últimas crónicas, que la batalla tiene una evidente existencia espacial que la separa de otros lugares, como podría ser un campo de cultivo, un bosque e, inclusive, el campamento cristiano de Mesa del Rey.

### **III.3.2 El campo de batalla como un lugar sacro.**

En las páginas anteriores hemos mencionado el suceso que algunas fuentes recogen respecto a la llegada del ejército cristiano a la Mesa del Rey y el lugar de la batalla. Si el pastor existió o no, es imposible decirlo, ya que algunas fuentes no mencionan nada al respecto<sup>174</sup>. Aquí, sin embargo, lo que nos interesa no es la existencia del pastor, sino el hecho de que varias fuentes lo mencionen, pues es una de las pistas que me permiten pensar que el sitio de la batalla tiene una característica sagrada.

---

<sup>171</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 18. Dize la estoria que desde las azes fueron paradas” en *ibid*, § 69

<sup>172</sup> *Primera Crónica General...*, *op cit*, p. 696

<sup>173</sup> *Ibid*, p.702

<sup>174</sup> De las fuentes utilizadas aquí sólo la crónica de Desclot, la carta de Arnaldo y las misivas de Blanca de Castilla y de Berenguela carecen de menciones sobre el pastor.

Cuando las huestes cruzadas se hallaban en el momento de decidir entre intentar bajar por el paso de la Losa, fuertemente protegido por los musulmanes, o regresar por donde venían. El rey Alfonso VIII toma la decisión de atacar a los musulmanes en el lugar que ellos habían elegido y dejar que el Cielo decida el desenlace, el martirio era una posibilidad que se abraza, puesto que parece ser la voluntad divina. Es aquí cuando apareció una persona que les señaló un camino diferente con el cual pudieron alcanzar una situación favorable. “cierto rústico que nos envió Dios”<sup>175</sup>. La totalidad de las fuentes que lo mencionan no dudan en señalar que aquel pastor era un enviado de Dios, cuando no un ángel como señala la *Crónica de Castilla*, y que gracias a él se evitó el desastre, lo cual hace parecer el evento en conjunto un milagro.

Lo interesante de este evento radica en que la aparición del pastor es un acto de Dios que permite a las tropas cristianas llegar a, en palabras del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, un lugar adecuado para el combate, es decir, Dios no otorga la victoria, sino un lugar donde los cristianos puedan participar en el Juicio divino. “Lo que la ayuda divina les había proporcionado no era una garantía de victoria, sino la posibilidad de demostrar a Dios su recta intención en una prueba que Él mismo, con su enviado, les ayudaba a afrontar con más posibilidades de éxito.”<sup>176</sup> En cierta manera, Dios estaba escogiendo el campo donde tendría lugar la batalla y donde Él emitiría su veredicto.

Si bien el episodio del Pastor es fundamental en la historia de las Navas de Tolosa, no es el único milagro que sucedió. Fuera de la victoria en la batalla, que todas las fuentes adjudican a la gracia divina, hay dos milagros que llaman poderosamente la atención. El primero es descrito únicamente por el *Chronicon Mundi*. Según Lucas de Tuy, al ver los musulmanes que los cruzados se asentaban en la Mesa del Rey, provocaron un incendio de pastizales, esperando que el viento

---

<sup>175</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.”, en Argote de Molina *op cit*, p.314

<sup>176</sup> Martín Alvira Cabrer, *Las Navas de Tolosa...*, *op cit*, p.166

llevara el humo a los cristianos. “Mas por gracia divina el humo retrocedió y se introdujo completo en los campamentos de los moros.”<sup>177</sup>, este relato, que aparece también en los *anales de Jumieges*, revela la creencia de que los elementos físicos estaban a disposición de Dios.

El segundo milagro lo encontramos escrito en la crónica del arzobispo de Toledo y es repetida en la Primera Crónica General, en que es mencionado el hecho hasta dos veces, lo cual podría señalar la pervivencia y aceptación de este milagro cincuenta años después. En el *De Rebus Hispanae* podemos leer el siguiente extracto: “A su vez, los agarenos que fueron hallados junto al ya mencionado palenque eran de elevada estatura, de gran obesidad y, cosa sorprendente, aunque quedaron tremendamente mutilados y ya habían sufrido el pillaje de los pobres, *no se podía descubrir en todo el campo ni un rastro de sangre.*”<sup>178</sup> Y como ya dijimos es repetido por los cronistas alfonsíes. “Y esto así parece que lo hizo todo y acabo Dios, por la gran maravilla y el milagro que dijésemos que aconteciera en esta batalla: que en todo el campo, de tanta matanza como se hizo ahí, que no hallaron ahí señal de sangre no apareció en el campo gota de ella.”<sup>179</sup> El hecho de que este milagro, escrito por Rodrigo Jiménez de Rada, sea retomado y hasta repetido a finales del siglo XIII me parece que revela la creencia de los autores en torno a que la ausencia de sangre en el campo de batalla es un hecho que no estaba fuera de lo que estaban narrando y que, por tanto, era conveniente integrar.

La supuesta ausencia de sangre en el campo de batalla llama la atención en tanto que haría pensar que el terreno permaneció limpio y no fue manchado por la sangre de los moros, es decir del enemigo. El sitio de la batalla se habría mantenido puro, lo que recuerda a la condición que tenía el terreno de las iglesias medievales, como un lugar que debía estar exento de violencia y de derramamiento de sangre, so pena de cometer un acto sacrílego, como se indica en las *Siete Partidas*. Podría

---

<sup>177</sup>Lucas de Tuy, *op cit*, p.415

<sup>178</sup> Rodrigo Jimenez de Rada, *op cit*, p.323

<sup>179</sup> *Primera Crónica General...*, *op cit*, p.703

decirse que las navas que se encuentran cerca de Santa Elena obtuvieron un carácter único tras el enfrentamiento.

Mismo carácter que se ve reforzado por los mismos rituales de entrada ya mencionados, en los que se busca que Dios vea que los soldados se arrepintieron de sus pecados y están limpios antes de ingresar en el campo de batalla, un lugar al que tenían que llegar limpio, so pena de que Dios les diera la espalda durante el combate y los abandonara ahí. En este respecto Ian Atherton y Philip Morgan dicen que: “La perspectiva sobre los campos de batalla anterior a la Reforma [en Inglaterra] era en parte Cristiana y en parte pagana. Una variedad de rituales populares *antebellum* demuestra claramente que los participantes percibían un carácter distinto al terreno sobre el que habrían de pelear”<sup>180</sup> Y señalan como ejemplos la erección de cruces o la comunión para las tropas.

A todo esto habría que agregar la presencia de la iglesia construida en las cercanías, así como el posible enterramiento de los cristianos muertos en combate, llamados por el rey castellano en su carta a Inocencio III “mártires”<sup>181</sup> y para quienes debió haber sido bendecido el pedazo de tierra donde fueron sepultados.

En resumen, nos parece clara la idea presente en los textos en torno al campo de batalla de las Navas de Tolosa como un lugar caracterizado como sacro, una idea que habría pervivido a lo largo del siglo XIII.

### **III.3.3 El campo de batalla como un lugar donde morir y ganar honor**

Además de lo ya expuesto, el sitio de la batalla es especial puesto que en él se gana o se pierde el honor, dependiendo del actuar que uno tuviere en él. Las fuentes nos hablan mucho sobre esto. Como ejemplo tenemos el relato escrito por Bernat

---

<sup>180</sup> I. Atherton, y P. Morgan, *op cit*, p.292

<sup>181</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros” en *op cit*, p.316p.

Desclot, quien presenta un interesante pasaje, que supuestamente tuvo lugar tras el fin de la campaña. A su regreso hacia Aragón, el rey Pedro II y sus hombres se encuentran con el duque de Austria y algunas tropas las cuales se dirigían a la batalla. Al saber que ésta ya había tenido lugar, los recién llegados tuvieron que resignarse “y se contaron como hombres miserables en tanto que ellos no estuvieron en la batalla”.<sup>182</sup> El simple hecho de haber estado en ella ya implicaba un honor que no podían tener los que no se hallaron en las navas de Tolosa ese 16 de julio de 1212.

No obstante, el haberse encontrado en la batalla era un motivo de orgullo, la forma de ocuparlo y la forma de actuar sobre él también resulta fundamental en las fuentes peninsulares de ese siglo. El cronista catalán otra vez nos da la pista sobre este hecho, al señalar que el día anterior a la batalla se decidió que el rey Pedro II tendría que ocupar la retaguardia, “entonces el rey de Aragón, Pedro, estuvo amargamente agraviado de que no le hubiera tocado comandar la vanguardia”<sup>183</sup>. Fue por esto que, según esta crónica, el monarca aragonés ideara el plan de la emboscada ya mencionado. Si bien sabemos que en realidad los tres reyes estuvieron en la retaguardia y ninguno dirigió el primer ataque, es revelador que se señale este hecho como una afrenta y como motivo de malestar.

En la *Crónica de Castilla* encontramos una alusión similar en torno a la importancia del lugar que uno ocupa en el campo de batalla. Antes de comenzar la batalla, durante el diálogo que mantienen Diego López de Haro y su hijo, podemos leer a este último decir: “que pues el rey dio a vos la delantera, que en tal manera hiciese que no me llamen hijo de traidor.”<sup>184</sup> La relevancia de la posición delantera en el ejército es tan notoria, que excepto en la crónica del historiador catalán, podemos hallar el nombre de Diego López de Haro en las nueve restantes, a pesar de lo escuetas que son algunas en la narración. El rey de Castilla le otorga la delantera a uno de los hombres más importantes de su reino sabiendo que no sólo

---

<sup>182</sup> Bernat Desclot, *op cit*, p.37

<sup>183</sup> *Ibid*, p. 33

<sup>184</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 16. Cuenta la estoria que otro día lunes” en *Crónica de Castilla*, § 60.

es fundamental tener a un hombre importante ahí, sino que, además es un privilegio que tenía un significado social muy importante para los hombres de esa época. Algo similar sucede en la columna aragonesa, donde Pedro II otorga la vanguardia a García Romeu, un importante hombre de Aragón.

Todo esto también es notado por el historiador español David Porrinas, quien, en su artículo “Una interpretación del significado de *campeador*: El señor del campo de batalla” estudia la construcción de la imagen del Cid Campeador en el siglo XII y XIII. En el mencionado trabajo, David Porrinas nota que los autores de los relatos sobre Rodrigo Díaz de Vivar se esfuerzan por mostrarlo como un caballero que busca siempre tener la delantera y que rechaza esconderse de sus enemigos, a pesar que fuentes más cercanas al Cid muestran una situación opuesta. Es pues evidente que la posición que se ocupa dentro del campo de batalla es un aspecto influyente dentro de la sociedad peninsular plenomedieval, por lo menos en lo que al imaginario se refiere.

Un último aspecto a destacar de las fuentes que hablan sobre las Navas de Tolosa es la importancia que dan al no abandonar la batalla, ni salir del campo donde se está peleando. La idea de permanecer hasta ganar o morir es fundamental en los relatos de la confrontación. En la narración de la pelea hecha por el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, el autor inserta un supuesto diálogo entre él y el rey de Castilla, el cual aconteció en el momento más álgido del combate. El monarca castellano, al ver que algunos soldados retroceden o huyen “con villana cobardía [...] dijo delante de todos al arzobispo de Toledo: ‘Arzobispo, muramos aquí yo y vos’ Aquél le respondió: ‘De ningún modo; antes bien, aquí os impondréis a los enemigos.’”<sup>185</sup> Sin embargo, el rey es aconsejado por algunos nobles para esperar un poco más. Poco tiempo después la desesperación del momento incitó a Alfonso VIII a repetir lo ya dicho: “Arzobispo, muramos aquí. Pues no es deshonor una muerte tal en tales circunstancias”<sup>186</sup>. El diálogo es repetido por la *Primera Crónica General*

---

<sup>185</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.321

<sup>186</sup>*Ibid*, p.322

y la *Crónica de Castilla*, habiendo en esta última, una expresión similar por parte del califa almohade, quien al ver huir a algunas de sus tropas comenzó a decir “que él allí quería morir”<sup>187</sup>.

Los diálogos revelan la idea de que la muerte ocurrida en el enfrentamiento dota de mucho honor a quien la sufre y, por tanto, está bien recibirla. Huir, evadir la batalla es visto como algo despreciable como más adelante dice la misma *Crónica de Castilla* “mejor les era honrada muerte que mala vida afrontada para siempre.”<sup>188</sup> La mentalidad caballeresca pone mucho énfasis en la obligación de no ceder ante el miedo o la adversidad, sino afrontar al enemigo hasta las últimas consecuencias so pena de sufrir la deshonra para el individuo y su propia familia, e inclusive otras penas, ya que como señalan las *Siete Partidas*, un caballero podía ser muerto si huía del combate y dejaba a su señor en plena batalla.<sup>189</sup> La huida del campo es señalada por las crónicas como un comportamiento contrario al comportamiento de los nobles, más digno de un villano.

Si bien, es muy posible que la idea de permanecer en el lugar de la batalla hasta la victoria o la muerte no fuera seguida al pie de la letra por todos los caballeros peninsulares en el siglo XIII, su presencia en las fuentes nos demuestra la existencia y pervivencia de cierto modelo de comportamiento que se esperaba fuera seguido por los caballeros, un comportamiento que se convierte en una de las bases de la diferenciación social. Un “deber ser” que también podemos encontrar en otros textos, como la *Crónica Latina* que señala que Alfonso VIII “estaba dispuesto antes a morir que a ser vencido”<sup>190</sup> o como la carta del rey Alfonso a Inocencio III a quien dice que, a pesar de la victoria, la falta de mártires era un aspecto negativo<sup>191</sup>.

---

<sup>187</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 18. Dize la estoria que desde las azes fueron paradas” en *Crónica de Castilla*, *op cit*, § 69

<sup>188</sup> *Ibid* § 71

<sup>189</sup> Ley XXV. Título XXI. 2ª Partida, en *Las Siete Partidas...*, *op cit*, volumen II, p. 229-230

<sup>190</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*, p.54

<sup>191</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.” en Argote de Molina, *op cit*, p.316

Por todo lo anteriormente expuesto, es posible interpretar el campo de batalla como un lugar donde el honor jugaba un papel fundamental, ya que éste puede ser ganado o perdido dependiendo de las acciones del individuo en ese sitio en particular. En última instancia, era un sitio donde el morir

### **III.3.4 Las Navas de Tolosa como un lugar importante porque ahí se atestigua y experimenta lo impresionante.**

En una sociedad donde los combates campales fueron tan escasos, estos debieron ser sucesos que dejaban una huella muy fuerte en los que se hallaron en ellos, debido a lo fastuosos, grandes y terribles que les debieron haber parecido. En este aspecto, las Navas de Tolosa no fue la excepción. Las fuentes que hemos venido utilizando, reflejan claramente esta idea de que fue un suceso impresionante, esto podemos hallarlo en aspectos mencionados por los textos. Un primer ejemplo puede ser la gran cantidad de soldados que había en el campo de batalla. Esto es más evidente cuando los autores se refieren a los musulmanes contra los que se enfrentó el contingente cristiano, ya fuera señalando su número en formación o el número de enemigos muertos. Así pues, podemos leer al soberano castellano, que en su carta señala que sus tropas atacaron los cerros dominados por los musulmanes “pero llegando al último compuesto *de infinita multitud*, en que se hallaba el rey de Cartagena, tuvieron terribles choques”<sup>192</sup>. Luego asegura que la hueste contraria consistía de alrededor de 180 mil soldados. Por su parte, el arzobispo de Toledo señala unos años después, que “creo que ninguno de nosotros hubiera podido calcular con certeza el *incontable número* tanto de éstos como de aquellos.”<sup>193</sup>. Finalmente el cronista catalán dice que “ellos eran una multitud a caballo y a pie tan grande que ningún hombre podría decir su número en la medida que todas las llanuras y las montañas estaban cubiertas y la visión de ellos era aterradora de contemplar.”<sup>194</sup>

---

<sup>192</sup> *Ibid*, p.315

<sup>193</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.321

<sup>194</sup> Bernat Desclot, *op cit*, p.34

Con el final de la batalla, se revela la magnitud de la victoria y de la muerte del enemigo. La reina Bereguela, poco después de la batalla le informa a su hermana Blanca que los musulmanes muertos eran 70 mil hombres y 15 mil mujeres<sup>195</sup>. Lucas de Tuy, por otro lado, afirma que “perció tan gran cantidad de bárbaros, que ningún sobreviviente podría enumerar los cadáveres de los muertos”<sup>196</sup>. A finales del siglo XIII se seguía haciendo eco de este hecho, puesto que la *Primera Crónica General* dice que “el campo de la batalla tan lleno se hallaba de moros muertos que aun yendo en buenos caballos, apenas podíamos pasar sobre los cuerpos de ellos.”<sup>197</sup>.

Como ya hemos señalado, si bien el ejército almohade superaba en razón de dos a uno los elementos cristianos, esta constante referencia a la gran cantidad de moros con los cuales se enfrentaron los cruzados tiene como trasfondo la intención de realzar el triunfo de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra, al hacerlo más definitivo y heroico. La victoria, y la posterior muerte de tantos oponentes en el combate, harían pensar que los líderes cristianos eran militares realmente eficaces y avezados en los temas militares. Hablaría también de la gran potencia militar que los dichos reinos tenían y finalmente, serviría para demostrar de manera inefable que Dios les favorecía.

La gran impresión que quedó en los testigos de la refriega y que pervivió en los escritos de ese siglo que hablan de aquella, no se detiene en la cantidad de los que en la batalla se dieron cita. Lo impresionante de la batalla también incluye lo vistoso, terrible y sonoro que dentro de él se puede experimentar y percibir.

Un primer aspecto es la importancia de lo vistoso. La guerra medieval era muy llamativa debido al uso de armaduras, estandartes, insignias, penachos,

---

<sup>195</sup> “Carta de Berenguela, reina de León y Galicia, a Blanca de Castilla, esposa de Luis, primogénito del rey de Francia”, en *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, volumen 19, p.257

<sup>196</sup> Lucas de Tuy, *op cit*, p.415

<sup>197</sup> *Primera Crónica General...*, p.702

blasones, etc. elementos que están presentes en los relatos. Por ejemplo, el rey Alfonso VIII escribió que se lanzaron al combate “a rienda suelta, llevando delante la Cruz del Señor, y de nuestro estandarte en que estaba la imagen de la Virgen Santísima y de su Hijo sobrepuesta en todas nuestras banderas.”<sup>198</sup>, de esto hace eco la crónica *De Rebus Hispaniae*, donde encontramos que “las enseñas de los estandartes llegaron jubilosamente hasta el palenque de los agarenos por disposición del Señor”<sup>199</sup>. Sobre el mismo tema, es posible señalar la forma en que, según Bernat Desclot, Pedro II de Aragón utiliza una bandera para avisar a sus tropas que se hallaban emboscadas para que salieran del escondite, o el milagro que el Toledano adjudica a Dios, quien permite al canónigo que porta la cruz del arzobispo, atravesar las líneas musulmanas sin sufrir daño. Las insignias y estandartes son tan importantes, que el soberano castellano señala cómo los moros arrojaron piedras y flechas contra la imagen de la Virgen y contra la Cruz<sup>200</sup>. Es de creerse que las huestes del al-Nasir se hallaban igualmente provistas de estandartes y banderas, ya que la *Primer Crónica General* indica que los caballeros del califa eran una tropa “muy equipada de nobles señales de armas y de caballos”<sup>201</sup>.

Además de esto, encontramos en el terreno de batalla la presencia tanto de instrumentos musicales como de ruidos muy particulares que se escuchan en ese sitio, los moros avanzaban “tocando con grande estruendo [...] los instrumentos que los españoles llaman tambores”<sup>202</sup>. Durante el choque armado es posible escuchar, “el fragor y ruido de armas”<sup>203</sup>. La *Crónica de Castilla* señala que “las sierras y los valles todos resonaban con los grandes y muchos golpes que allí eran dados”<sup>204</sup>.

---

<sup>198</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.” En Argote de Molina, *op cit*, p.315

<sup>199</sup> Rodrigo Jiménez de Rada, *op cit*, p.322

<sup>200</sup> “Carta que el rey don Alfonso escribió al Sumo Pontífice de la victoria que hubo de los moros.” en Argote de Molina, *op cit*, p.315

<sup>201</sup> *Primera Crónica General...*, p.701

<sup>202</sup> “Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella” en Argote de Molina, *op cit*, p.322

<sup>203</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*, p.53

<sup>204</sup> “VIII. Alfonso VIII en Castilla, Alfonso IX en León. 19. Estonce mandó el rey a don Gonçalo Ruyz Girón” en *Crónica de Castilla*, § 73.

La presencia de los ruidos, las enseñas y los caballeros completamente armados generan una imagen que la *Crónica de Castilla* describe muy claramente cuando se narra un ensayo de batalla que realizó el ejército cruzado tras la retirada de los franceses.

Los caballeros y la otra gente fueron armados y compuestos y ordenados, que tan hermosa cosa y tan apuesta era y se hizo de armas y de señas y de caballos, que aún a los enemigos que los vieses parecieren nobles y no solamente que les pareciesen nobles, más que habría en ellos muy gran espanto; y dice esto y cuenta todo lo de la historia el arzobispo don Rodrigo de Toledo, que ahí iba: “nos pareció nuestra hueste cosa muy amada y de amar y muy conveniente para la batalla a la que íbamos”<sup>205</sup>

Las insignias y los instrumentos tenían como misión facilitar la comunicación entre las tropas medievales<sup>206</sup>. Hay que imaginar lo difícil que sería para un caballero escuchar las órdenes de su líder teniendo en cuenta que muy seguramente llevaría un casco que le cubría las orejas y que le limitaba la visión, a lo cual habría que agregar la confusión propia del combate. Las insignias y banderas facilitaban la transmisión de órdenes y, un asunto igual de importante, le permitirían al individuo ubicarse dentro del terreno. Los instrumentos tendrían la misma función comunicativa.

Pero no únicamente cumplen esa función. Tanto la música como las banderas, los blasones, escudos y armaduras cumplían una función de carácter mental. La música podía generar el temor en el adversario, a la vez que servir para levantar el ánimo de los propios soldados. Los estandartes, las banderas, los penachos, etc. servían para que los individuos se identificaran dentro de un grupo, a la vez que podían ayudar a que ciertos individuos fueran ubicados en el campo de batalla, y por tanto, permitía seguir más fácilmente sus proezas. A este respecto es interesante leer en las *Partidas* de Alfonso X un apartado que dice sobre la armadura del

---

<sup>205</sup> *Primera Crónica General...*, p.696

<sup>206</sup> El libro *Bloodied Banners* del autor Robert W Jones, y al cual el autor de esta tesis no pudo acceder, trata ampliamente el uso de la música y de los elementos visuales en la guerra medieval. Ver referencia en el apartado de la bibliografía

caballero “la apostura les hará verse mejor con ellas y ser más temidos por sus enemigos.”<sup>207</sup>

La escena entendida con estos factores nos permite comprender la impresión que seguramente quedó en los participantes de la refriega y que se fue transmitiendo por medio de las fuentes. Realmente la batalla fue entendida en su época como algo impresionante. Pero en todo esto, ¿dónde queda el lugar de la batalla?

Ninguno de los relatos sobre la batalla hace alusión al lugar como algo impresionante y de hecho la descripción que hacen del campo de batalla dista de ser óptima. Como un ejemplo se puede citar el hecho de que no en todas se señala la presencia del ahora Cerro de los Olivares, lugar donde Al-Nasir mandó colocar su famoso palenque. Sin embargo, como ya se señaló antes, las fuentes dan una clara importancia al hecho de que el terreno de la batalla tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la lucha y por tanto, el campo de batalla es un lugar importante. Pero aquí no termina la importancia del lugar.

En el texto de Juan de Soria podemos hallar la siguiente afirmación: “Sucedió esta dichosísima guerra *en el lugar que se llama Navas de Tolosa*, en comparación con la cual nunca hubo una guerra similar en la Hispania”<sup>208</sup>, oraciones similares se pueden encontrar en la *Estonia de España*<sup>209</sup>, a *Crónica de Castilla*, la carta del arzobispo Arnaldo Almarico<sup>210</sup> y la *Crónica latina*<sup>211</sup>. En estos cinco escritos se puede encontrar ya la vinculación del evento con un lugar determinado, claramente definido. El lugar de la batalla pasa a ser conocido como Las Navas de Tolosa. El evento y el sitio de la misma se vuelven uno mismo, y por tanto, este evento extraordinario y altamente impresionante sólo podría haberse visto y

---

<sup>207</sup> Ley VIII. Título XXIII. 2ª Partida, en *Las Siete Partidas...*, volumen II, p.244

<sup>208</sup> “Actum est hoc felicissimum bellum in loco qui dicitur Navas de Tolosa, cui in Hispania simile bellum nuquam fuit” Lucas de Tuy, *op cit*, p.451

<sup>209</sup> *Primera Crónica General...*, p.704

<sup>210</sup> Relación de lo sucedido en esta batalla escrita por Arnaldo Almarico Arzobispo de Narbona, que se halló en ella” en Argote de Molina, *op cit*, p.323

<sup>211</sup> *Crónica latina de los reyes de Castilla*, p.59

experimentado en ese terreno en particular. El hecho de que sean fuentes de distinta temporalidad permite pensar que esta tendencia parcial se desarrolló durante el siglo XIII<sup>212</sup>. Es a través de esto que creemos posible señalar que en los relatos aquí analizados se puede entender esta idea del campo de Las Navas de Tolosa como un sitio donde suceden cosas impresionantes.

---

<sup>212</sup> Parcial en el sentido que no todas las fuentes incluyen la señalización clara del lugar de la batalla

## Conclusiones.

Tras haber presentado las representaciones sobre el lugar que se pueden encontrar en los relatos acerca de la batalla, sólo nos queda dar una respuesta concluyente a la cuestión que animó esta investigación. ¿El terreno del combate campal de Las Navas de Tolosa fue un lugar importante y excepcional para la sociedad cristiana peninsular del siglo XIII? Me parece que la respuesta debe ser afirmativa. Pero habrá que ir por partes.

Como se intentó demostrar en el primer capítulo de la tesis, los combates campales dentro del Occidente plenomedieval eran escasos, ya que por razones que van del costo de armar y mantener a un ejército en esa época, a lo peligroso y a lo, muchas veces, fútil de los mismos enfrentamientos, los caudillos preferían llevar a cabo otro tipo de operaciones más efectivas de acuerdo a unos objetivos que muchas veces eran limitados. En un panorama como aquél, las contiendas en campo abierto fueron percibidas como algo más que un simple enfrentamiento militar. La batalla entendida como ruptura del tiempo de la guerra y como mecanismo para restablecer la paz, a la vez que un juicio en el que Dios escogía al vencedor, influyó de igual manera en la escasez de dichos eventos. Por lo tanto, como Georges Duby y Martín Alvira Cabrer han dicho, estos choques armados se convirtieron en un fenómeno similar a los desastres naturales o a los milagros.

Esta forma de comprender y representar el combate campal se halla presente en la manera en la que la sociedad peninsular del siglo XIII recordó lo acontecido en las Navas de Tolosa el 16 de julio de 1212. Como la lectura de las fuentes demuestra, la batalla entre las tropas comandadas por Alfonso VIII y las del califa al-Nasir fue percibida como un fenómeno extraordinario y excepcional de dimensiones nunca antes vistas por sus contemporáneos. La contienda se volvió un sinónimo del renovado poder real castellano, el cual pudo esgrimir como argumento las múltiples ayudas divinas que, como se observa en el segundo y tercer capítulo, parecieran

haberle permitido al ejército cruzado sobreponerse a las múltiples dificultades que se presentaron a lo largo de la campaña y aún más durante la misma batalla.

Pero no sólo el evento se volvió algo extraordinario y digno de recuerdo para esa sociedad. Lo que este trabajo demuestra, es que el lugar donde aconteció el combate también se volvió significativo y excepcional. Como se dice en el capítulo tercero, la importancia del terreno donde tuvo lugar el combate se comprendió desde antes de que sucediera el enfrentamiento. Tanto las crónicas, como *las Siete Partidas* y el *De re militari* demuestran que los comandantes medievales en general, y los líderes de la campaña de 1212 en particular, comprendían la importancia que tenía el terreno en el resultado de la batalla. Es por esta razón que el descubrimiento de un paso alternativo que les permitiera llegar a la Mesa del Rey fue tan importante, al grado de ser descrito en las fuentes como un milagro divino.

La importancia del sitio del choque campal no terminó con la victoria cristiana. La erección de un templo en las cercanías del lugar, así como la celebración de una ceremonia por parte del rey Fernando III ahí mismo, atestiguan la importancia que el campo de batalla tuvo, al menos para la Corona de Castilla. La ocupación tanto material como simbólica, tenía por objetivo reforzar su calidad de *conquistadora* o *propietaria* de ese espacio y de la victoria que ahí se ganó. La ocupación material y la apropiación mental de las navas que se extienden al noroeste de la actual población de Santa Elena se volvieron una base más en la cual se pudo apoyar el fortalecido poder real del siglo XIII.

Por otra parte, las representaciones contenidas en las fuentes favorecen esta imagen de un espacio mítico que tenía características muy particulares. La transmisión de esta imagen, que realizan los autores por medio de sus textos, fue fundamental para la conceptualización de lo que un campo de batalla era en una sociedad que tenía pocas oportunidades de vivirlo y experimentarlo, como es el caso de la sociedad cristiana peninsular del siglo XIII. En este caso en particular, la lectura de las fuentes permitió determinar cuatro ideas fundamentales sobre el lugar del combate.

Una fue la idea de un lugar aparte, diferenciado y acotado. Esto se intuye por la existencia de ritos que se realizan previos a la batalla en el campamento y que también pueden ser entendidos como ritos de entrada a un lugar diferente. Esta concepción se ve fortalecida por el uso de verbos durante la descripción del combate y que hacen referencia a una existencia espacial de la batalla determinada por límites que permiten *entrar* o *salir* del lugar de la batalla.

La segunda idea que se encuentra en las fuentes es la de sacralidad. El relato del Pastor de las Navas hace parecer que el lugar del choque campal fue elegido por Dios. Además los relatos sobre la ausencia de sangre en el sitio de la batalla y los mismos rituales previos a la misma hacen evidente que los autores de los textos aquí utilizados entendieron que el terreno donde sucede el enfrentamiento es de una naturaleza diferente, que tiene cierto halo de sacralidad.

La tercera representación que se puede observar en los textos es la del campo de batalla como un lugar donde el honor se busca y se gana, ya sea por medio de acciones valerosas o por una muerte heroica dentro del campo de batalla, lugar por excelencia para narrar las hazañas de los grandes caballeros y de las milicias urbanas. Pero el honor no sólo se gana por lo hecho en el sitio, la misma forma en que éste se ocupa puede revelar cuestiones de honor y prestigio; no es lo mismo ocupar la vanguardia del ejército que la retaguardia.

La cuarta representación aquí encontrada está en estrecha relación con lo impresionante del enfrentamiento campal para los que ahí se hallaron. El gran número de soldados que ahí hubo es una referencia constante en los textos aquí analizados, y si bien quizás los autores exageraron, lo importante es señalar que está es la idea que querían transmitir a los que escuchaban o leían sus relatos. Además no hay que olvidar que la guerra medieval era sumamente vistosa y por tanto, la presencia de banderas, estandartes, escudos y armaduras como relatan los autores sólo podrían sumarse a la fuerte impresión dejada en los que ahí estuvieron y que

transmitieron este concepto. Como hemos mencionado, varias fuentes demuestran, al mismo tiempo, que este evento altamente llamativo para esas épocas, comenzó a ser asociado con un terreno determinado, el campo de batalla que sería conocido como Las Navas de Tolosa. El lugar se entrelazó con el evento, haciendo del lugar uno donde pasaron cosas impactantes.

¿Fue el terreno del combate campal de Las Navas de Tolosa un lugar importante y excepcional para la sociedad cristiana peninsular del siglo XIII? Lo que esta investigación presenta de manera clara es el proceso por medio del cual el campo de batalla de las Navas de Tolosa pasó de ser un *espacio* indefinido y sin ningún valor, a ser un *lugar* valioso, importante, lleno de significado y por tanto, entraría dentro de la categoría de lugar de memoria que utiliza Pierre Nora. Este proceso, como menciona Yi-fu Tuan en su libro, se ve mediado por la experiencia y el conocimiento que de él tienen los miembros de la sociedad peninsular. Las Navas de Tolosa antes de la batalla era parte de la frontera entre dos reinos y su única relevancia era su utilización como posible paso de montaña entre Andalucía y Castilla. A raíz del enfrentamiento y la posterior victoria cristiana, el espacio adquirió más significados y por tanto se convirtió en un lugar digno y sensible de ser ocupado y recordado. Los textos aquí analizados nos revelan, por medio de las representaciones que en ellos se encuentran, la creación de una imagen y de un concepto que nos hablan de un lugar con características muy particulares, haciéndolo un sitio que se aparta de lo ordinario, un lugar raro y por tanto, un lugar excepcional.

Será interesante investigar si lo mismo se puede señalar para el resto de la Europa plenomedieval, así como de otros lugares definidos como “campos de batalla”, por ejemplo, Waterloo, la Angostura o Bailén.

## Fuentes y Bibliografía

### Fuentes

- Argote de Molina, Gonzalo, *Nobleza del Andaluzia*, [en línea] Sevilla, sin editor, 1588, 696p. [recuperado el 10 de noviembre de 2013] disponible en: <http://books.google.es/books?id=btPiv51Fss4C&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>
- *Crónica latina de los reyes de Castilla*, Luís Charlo Brea (ed.), Madrid, Akal, 1999, 125 p.
- *Crónica de Castilla*, Patricia Rochwert-Zuili (ed.), Paris, Universidad Paris-Sorbonne, 2010, 388p.
- Desclot, Bernard, *Chronicle of the reign of King Pedro III of Aragon*, traducido del texto original catalán por F.L. Critchlow, Princeton, Princeton University, 1928-1934, 2 vol.
- *Las Siete partidas de Alfonso El Sabio*, Guadalajara, Jalisco, Colegio de Notarios del Estado de Jalisco, 2009, VII vol.
- Lucas de Tuy, *Crónica de España*, primera edición del texto romanceado, conforme a un códice de la Academia, preparada y prologada por Julio Puyol, Madrid, Real Academia de Historia, 1926, 473p. (La sección relativa a las Navas de Tolosa fue traducida del latín al español por Luis Quiñones Martínez)
- *Primera Crónica general. Estoria de España que mandó componer Alfonso el sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, [en línea] Madrid, Bailly-Bailliere e hijos, 1906 [recuperado el 20 de noviembre de 2011] disponible en: <http://www.archive.org/details/primeracrnica01sancgoog> (693p.)
- *Recueil des historiens des Gaules et de la France. Tome 19*, Michel-Jean-Joseph Brial (ed.) [en línea], Paris, Victor Palmé, 1840-1849, cxi-838p. [recuperado el 10 de noviembre de 2013] disponible en : <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k50137m> (La traducción de este libro fue realizada por Luis Quiñones Martínez)
- Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, introducción, traducción, notas e índices de Juan Fernandez Valverde, Madrid, Alianza, 1989, 396p.

## ***Bibliografía***

- Alvira Cabrer, Martín, *12 de Septiembre de 1213. El Jueves de Muret*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, 716p.
- --- --- --- ---, *Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, (en línea) Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2000, 2 t. [citado el 25 de febrero de 2012], disponible en: <http://eprints.ucm.es/tesis/19972000/H/0/H0036901.pdf>
- --- --- --- ---, *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Silex ediciones, 2012, 582p.
- Ampudia, I. (2012, 19 de febrero). "Celebran el 165 Aniversario de Batalla de la Angostura" [en línea] *Zócalo Saltillo*, 19 de febrero 2012. Recuperado el 19, Septiembre, 2013 en:<http://www.zocalo.com.mx/seccion/articulo/celebran-el-165-aniversario-de-batalla-de-la-angostura>.
- Atherton, I. and Morgan, P., "The battlefield war memorial: Commemoration and the battlefield site from the Middle Ages to the modern era", *Journal of War and Culture Studies*, 4-3 (2011), p. 289-304.
- Ayton, Andrew y J.L. Pierce (eds.) *The Medieval Military Revolution State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, Londres, I.B. Tauris, 1998, 216p.
- Barthelemy, Dominique, *Caballeros y milagros: violencia y sacralidad en la sociedad feudal*, trad. Fermín Miranda García, Valencia, Universitat de València, 2006, 295p.
- Bennett, Matthew (ed.), *La Guerra en la Edad Media*, trad. Pablo Sánchez León, Madrid, Akal, 2010, 272p.
- Bradbury, Jim, *the Routledge companion to medieval warfare*, Londres, Routledge, 2006, 381p.
- Braudel, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, II vol.

- Chartier, Roger, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992, 276p.
- David Steward Bachrach, *Religion and the Conduct of War, C. 300-1215*, Woodbridge, Suffolk, UK ; Rochester, NY, Boydell Press, 2003, 216p.
- Duby, Georges, *El domingo de Bouvines: 24 de julio de 1214*, trad. Arturo Firpo, Madrid, Alianza, 1988, 186p.
- --- --- ---, *Guillermo el mariscal*, trad. Carmen López Alonso, Madrid, Alianza, 1985, 175p.
- Flori, Jean, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, trad. Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2001 270p.
- France, John, *Victory in the East. A military history of the First Crusade*, Cambridge [England], Cambridge University Press, 1994, 425p.
- García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005, 588p.
- Gillingham, John, "'Up with Orthodoxy': In Defense of Vegetian Warfare", en Clifford Rogers (ed.) *Journal of Medieval Military History II*, The Boydell Press (2004), p. 149-159.
- Glacken, Clarence J., *Traces on the Rhodian shore: nature and culture in Western thought from ancient times to the end of the eighteenth century*, Berkeley, University of California Press, 1967, 763p.
- Gómez, Miguel Dolan, *The Battle of Las Navas de Tolosa: The Culture and Practice of Crusading in Medieval Iberia*, Tesis doctoral, Universidad de Tennessee, Knoxville, 2011, 240p.
- Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, trad. Inés Sancho-Arroyo, Zaragoza, España, Prensas Universitarias de España, 2004, 192p.
- Hallam, E., "Monasteries as 'war memorials': Battle Abbey and La Victoire", *Studies in Church History*, 20 (1983), p. 47-57.
- Huici Miranda, Ambrosio, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, edición facsimilar con estudio preliminar por Emilio Molina Lopez y Vicente Carlos Navarro Oltra, Granada, Universidad de Granada, 2000, 405p.

- Hooper, Nicholas y Matthew Bennett, *Atlas ilustrado la guerra en la Edad Media: 768-1492*, trad. Pablo Fuentes Hinojo, Madrid, Akal, 2001, 199p.
- Jones, Robert W., *Bloodied Banners: Martial Display on the Medieval Battlefield*, Woodbridge, Boydell Press, 2010, 218p.
- Keen, Maurice, *Historia de la guerra en la Edad Media*, trad. Asunción Rodríguez Guzmán, México DF, Océano, 2005, 435p.
- Lago, José I., *Las Navas de Tolosa, 1212: la verdadera cruzada*, Madrid, Almena, 2005, 119p.
- Lefebvre, Henri, *The Production of Space*, trad. Donald Nicholson Smith, Oxford, Blackwell publishing, 1991, 454p.
- Lynn, John A., *Battle: a history of combat and culture*, Nueva York, Basic Books, 2008, 431p.
- Martínez Peñas, Leandro y Manuela Fernández Rodríguez (coords.) *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cadiz: El ejército y la guerra en la construcción del Estado*, Valladolid, Asociación Veritas para el estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones y la Universidad Rey Juan Carlos, 2012, 443p.
- Nora, Pierre (ed.), *Rethinking France. Les Lieux de Mémoire*, trad. por Mary Trouille, Chicago, University of Chicago Press, 2001, 3 vol.
- Oman, Charles William Chadwick, *The art of War in the Middle Ages A.d. 378-1515*, (en línea) Oxford, B.H. Blackwell, 1885, 134p. [citado el 22 de noviembre de 2012] disponible en: <http://archive.org/stream/artofwarinmiddle00oman#page/134/mode/2up>.
- Porrinas González, David, "Una interpretación del significado de Campeador: El Señor del Campo de Batalla", *Norba, Revista de Historia*, 16 (1996-2003), I, pp. 257-276.
- Smail, R.C., *Crusading warfare, 1097-1193*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995, 276p.
- Spiegel, Gabrielle, "Forging the Past: The Language of Historical Truth in Middle Ages", [en línea], *The History Teacher*, Vol. 17, No. 2 (Feb. 1984) , pp. 267-283 [Citado el 8 de Agosto de 2012] disponible en: <http://www.jstor.org/discover/10.2307/492771?uid=3738664&uid=2129&uid=2&uid=70&uid=4&sid=21101125291591>.

- --- --- ---, *The theory and practice of medieval historiography*, Baltimore, The John's Hopkins University Press, 1997, 297p.
- Toubert, Pierre, *Castillos, señores y campesinos en la Italia medieval*, prólogo de Reyna Pastor, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Crítica, 1990, 347p.
- Tuan, Yi-fu, *Space and Place. The perspective of Experience*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1977, 235p.
- Vara Thorbeck, Carlos, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Edhasa, 2012, 444p.
- Verbruggen, J. F., *the Art of Warfare in Western Europe during the middle Ages. From the Eighth Century to 1340*, trad. Coronel Sumner Willard y R. W. Southern, 2ª ed., Woodbridge, The Boydell Press, 1997, x-388p.
- Zoran, Gabriel, "Towards a Theory of Space in Narrative" [en línea], *Poetics Today*, Vol. 5, No. 2 "The Construction of Reality in Fiction" (1984), pp. 309-335. [citado el 8 de Agosto de 2012] disponible en: <http://www.jstor.org/discover/10.2307/1771935?uid=3738664&uid=2129&uid=2134&uid=2&uid=70&uid=4&sid=21101125291591>.
- Zumthor, Paul, *La medida del mundo: representación del espacio en la Edad Media*, trad. Alicia Martorell, Madrid, Cátedra, 1994, 418p.
- VV.AA, *El trienio que hizo Europa, XXXVII Semana de Estudios Medievales. Estella, 19 a 23 de julio de 2010*, Pamplona, España: Gobierno de Navarra, 2011, 429p.
- VV. AA, *The Hutchinson dictionary of ancient & medieval warfare*, Estados Unidos, Helicon, 1998, 364p.